

LIBROS • LECTORES  **ESPAÑA • SIGLO XX**



Jean-François Botrel

**LIBROS Y LECTORES
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX**

RENNES, JFB, 2008

Ejemplar n.º /100

Cubierta: Dibujo de Demetrio para el
Número Almanaque para 1924 de *La Novela de Hoy*

Índice

Advertencia.....	1
El libro del <i>sursum corda</i>	5
La revolución de las colecciones semanales.....	13
Escritores y editores.....	19
Invertir en el libro	25
Hacia una nueva estética del libro	29
Nuevos públicos y nuevos lectores.....	33
La difusión de los libros: políticas y realidades.....	41
Las guerras del libro	49
El libro bajo tutela	53
El auge de la edición española.....	61
El libro en la democracia	69
Leer, la asignatura pendiente	79
Ilustraciones.....	81
Bibliografía.....	85

Advertencia

Estas páginas que ahora se publican, fueron escritas por encargo, a principios del actual siglo, como capítulo introductorio para una fallida historia de la literatura española del siglo XX.

De ahí sus evidentes limitaciones, a las que se añaden las insuficiencias del autor, mejor conocedor del periodo anterior.

Para esta edición no venal, costeada por las 50.000 pesetas – unos 300 euros– que mereció entonces el trabajo entregado, se ha actualizado la bibliografía, a completar con los estados de la cuestión de Aguado y Ramos (2002), Gracia y Ruiz (2001), y Díaz Barrado (2006) sobre historia cultural de la España del siglo XX.

Más completas –y más sabias– informaciones sobre un campo aquí sintéticamente presentado se encontrarán en la *Historia de la edición en España 1836-1936* (Madrid, Marcial Pons, 2001), dirigida por Jesús A. Martínez Martín y en su anunciada continuación.

Vaya este librito artesanal como homenaje rendido a unos posibles cien lectores y efectivos amigos por un autor, mecanógrafo, componedor, editor y librero de sí mismo.

Rennes, diciembre de 2007

A principios del siglo XX, de los 14 millones de españoles mayores de 10 años solo unos 6 millones sabían oficialmente leer. Cien años después, el mercado interior potencial ha quedado multiplicado por 5, con más de 30 millones de alfabetizados y un analfabetismo ya marginal. Con la recuperación de una parte cuantiosa del mercado hispanoamericano, con la multiplicación por casi 40 del número de títulos publicados y con tiradas medias ya de 4.200 ejemplares, España es la quinta potencia editorial del mundo. No obstante, por lo que a lectura y a consumo de libros e impresos se refiere, sigue a la zaga de los principales países europeos: a pesar de la extensión de la capacidad lectora teórica a la casi totalidad de la población, con una escolarización generalizada y prolongada, y de una relativa democratización de la cultura, el hábito de comprar o leer, pasivamente o con motivación, libros o periódicos no ha cundido aún y dista mucho de coincidir la masa de lectores con la demografía nacional. Como decía un Director General del Libro en 1997: «Leer es la asignatura pendiente».

Para una historia de la literatura, importa buscar explicaciones de tal paradoja: en la arraigada desconfianza hacia el libro «enemigo» o «quintacolumnista», mantenida durante muchos años y generadora, en algún momento, de pedradas a las librerías, en la tutela impuesta durante largos años a la expresión impresa, en el pertinaz analfabetismo funcional, en el escaso impacto de las voluntariosas pero demasiado puntuales iniciativas públicas a favor del libro que «ayuda a triunfar», y, por otra parte, en el dinamismo de las iniciativas privadas y de un sector editorial que, desde los primeros años del siglo, sigue el ritmo europeo y

consigue no perderlo a pesar de las tentaciones o imposiciones autárquicas, llegando a ofrecer en España e Hispanoamérica el libro como artículo de consumo corriente –si no de masas– a la par que alienta o consiente la innovación.

Importa, pues, contrastar, al filo de los años, las políticas, las iniciativas, los resultados y las prácticas efectivas para poder analizar las tensiones habidas entre la edición y la sociedad (a través de los autores, traductores, diseñadores, ilustradores, editores, impresores, distribuidores, librerías, bibliotecarios, profesionales de la crítica y de la enseñanza y demás amigos del libro) y para entender el efectivo y específico consumo literario y cultural, a través de libros y de otros medios con los que mantiene un diálogo permanente¹, de una literatura y de una cultura abiertas hacia un espacio no estrictamente nacional.

1. Como la prensa, el teatro, el cine, la radio, la televisión... Conste que, según las estadísticas oficiales en las que se tuvieron cada vez más en cuenta los demás campos del saber humano, la participación de la literatura en la producción editorial (número de títulos de libros) bajó, a lo largo del siglo, de un 42 por 100 a un 25 por 100.

El libro del *sursum corda*

Tras el Desastre, con toda la consolidación que permite la repatriación de los capitales cubanos pero, también, con la creciente incorporación de nuevos sectores de la sociedad al quehacer cultural común, el siglo empieza con un alentador *sursum corda* del mundo del libro ya preocupado –en sus sectores más avanzados– por abrir España a la modernidad, al pensamiento y a la literatura europeos (Botrel, Desvois, 1991; Botrel, 1998). La creación en 1901 de la Asociación de la Librería Española a la que aceptan adherirse unos editores catalanes ya organizados por su cuenta, va a permitir dotar las profesiones del libro de una primera bibliografía nacional (*Bibliografía Española*) y Madrid ya podrá acoger en 1908 los 215 participantes en el VI Congreso Internacional de Editores (Martínez, Martínez, Sánchez, 2004). En 1912, después de la celebración de la I Asamblea en Barcelona (1909) y de la II en Valencia (1911), cuenta ya la Asociación con 711 miembros y el número de establecimientos alcanza los 1.051 en 1913. En tiempos de libertad de prensa por lo que al libro toca, el número de títulos publicados aumenta rápidamente, de unos 1.600 a casi 2.200 en 1911-5 (a comparar con los 31-35.000 de Alemania o los 9-11.000 de Francia), pero de hecho hasta 4 veces más según las cifras del depósito legal¹.

La industrialización de la imprenta (Rueda Laffond, 2001) y la renovación de la industria nacional del papel a través de La Papelera Española, fundada en 1901 (Gutiérrez i Poch, 1996),

1. Sobre el problema teórico de la estadística bibliográfica, véase Botrel, 1993, 345-359 y 2003b.

acompaña un primer despegue del consumo aparente de papel en los años 1911-13, triplicándose entre 1902 y 1934 (de 50.000 a casi 200.000 toneladas) (Gutiérrez i Poch, 1994), gracias al desarrollo de la prensa periódica cuya tirada pasa de 1,2 millones a 3 millones entre 1915 y 1931 (Desvois, 1977), a pesar de la «anemia de lectores» lamentada por Urgoiti, el fundador de la Papelera.

El mundo editorial se va configurando (Martínez Martín, 2001a). Muchas casas editoriales del siglo pasado prosiguen en la línea anterior, como Maucci, imitada por Gassó Hermanos, con el libro (cada vez más) barato y exportable, pero se observa, también, el talento emprendedor de Salvat que se traduce por la adquisición de derechos de traducción o reproducción en el extranjero para obras de prestigio y la prospección sistemática del mercado hispanoamericano (Castellano, 2004ab, 2005), hacia el cual se orientan unas crecientes exportaciones (Botrel, 1993, 586), compitiendo ya con mayor eficacia con las editoriales parisienses (Fischer, 1998). Las editoriales dedicadas al libro escolar como en Madrid las casas Hernando (Botrel, 1993, 385-470) y Calleja –quien en 1916 tiene ya publicados más de 5.000 cuentos (García Padrino, 1992; Ruiz Berrio, 2002; Fernández de Córdoba, 2006)– o Dalmau creada en 1904 en Gerona pero también, en menor medida, Sopena, Araluce, o Juventud, se benefician de las evoluciones fomentadas en la enseñanza primaria después de la creación del primer Ministerio de Instrucción Pública en 1901.

Las primeras sociedades anónimas de edición, vinculadas con la prensa, empiezan a crearse: en Madrid, por ejemplo, se registran Ediciones España para la publicación de *La Hoja de Parra* y *El Libro popular* (con un capital de 45.000 pesetas), Editorial Nuevo Mundo para publicación de periódicos y revistas ilustradas, la Sociedad Editorial de Música (1914), la Sociedad General Española de Librería (SGEL) de la casa francesa Hachette, dirigida por el futuro editor Manuel Aguilar (Sempere, 2002), gran distribuidora de periódicos y libros y concesionaria a partir de 1914 de una red de librerías de ferrocarriles (Martínez

Rus, 2005b) y, en 1915, Biblioteca Hispania S.A., con un capital de 125.000 pesetas, duplicado en 1923.

Técnicamente, la imprenta incorpora muchos adelantos técnicos como la tricromía que hará posible la producción de las ya imprescindibles cubiertas en color (Vélez, 1989a), con el apoyo, en Barcelona, del Instituto Catalán de las Artes del Libro con su *Revista gráfica* (1900) y la Escola Práctica d'Arts Gràfiques (1905) (Castellano, 2006).

Con razón destaca J.-C. Mainer (1988, 167), la conjunción que se da entonces de la oportunidad de un público favorable, la posibilidad de unos medios de difusión idóneos, la configuración de una conciencia de autoría, y lógicamente algo que leer, difundir y escribir como explicación de la pugna o batalla por conquistar a los lectores e incorporar la sensibilidad joven a la audiencia potencial española.

De dicha conjunción dan cuenta en los años 1907-1910 las iniciativas en campos diversificados de algunas casas editoriales como La Lectura, Renacimiento y Espasa o la publicación de *El Cuento Semanal*.

La preocupación por dotar a España de unas obras de referencia y satisfacer con eficacia la demanda de textos, de obras clásicas, de teorías y estudios o de propuestas pedagógicas, que se puede observar en las innovadoras y regeneracionistas empresas de Sempere y C^{ía} de Valencia, de la «Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales» dirigida en Barcelona por S. Valentí Camp, y, desde 1906, de la «Biblioteca de Filosofía Científica» de la Librería Gutenberg (Botrel, Desvois, 1991), encuentra su expresión más duradera en *La Lectura*, creada en 1901 con un capital de 122.113,25 pesetas, como revista y luego como casa editorial. Representa la moderna intelectualidad europea con doble vocación, española e hispanoamericana. En sus empresas, se puede apreciar una visión global regeneradora e integradora del hecho educacional (historia, teoría, textos, y literatura infantil) influenciada (como luego Espasa-Calpe y *Revista de Occidente*) por el institucionismo: sintomáticamente, en *La Lectura* se publicarán, bajo la dirección de Domingo Barnés, secretario del

Museo Pedagógico Nacional, las *Obras completas* de Francisco Giner de los Ríos... Pero lo más decisivo es obviamente la creación en 1913 de la colección «Clásicos Castellanos», que se distingue de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» de Menéndez Pelayo publicada por Bailly-Baillièrè a partir de 1905, por los ambiciosos planteamientos de R. Menéndez Pidal, quien intenta combinar la erudición crítica de la moderna filología –de una «severa depuración filológica» se habla entonces– con la divulgación. Así, pues, bajo la dirección de Tomás Navarro Tomás y Américo Castro, se publicará «todo el tesoro de nuestra gloriosa literatura [...], los buenos textos clásicos vertidos en libro moderno con introducción y notas» con «perfección técnica, esmero material (papel pluma) y extraordinaria baratura», tres pesetas el tomo in 8.º de 300-400 páginas encuadernado en rústica e incluso por dos pesetas, suscribiéndose (Marco García, 1992). También publicará La Lectura «Ciencia y Educación» con sus 9 secciones y un total de 137 títulos, y los 7 títulos de esmerada presentación, encuadernados en tela, con una profusión de dibujos y vivos colores, de la «Biblioteca Juventud» donde, con motivo de la Navidad 1914, se publican los 3.000 primeros ejemplares de *Platero y yo. Elegía andaluza* de J. R. Jiménez con ilustraciones del dibujante valenciano Fernando Marco, los «Cuadernos de Ciencia y Cultura» (1926-1929, 9 títulos), y una serie de «breves tratados vivaces que habían de otorgar voz al pensamiento y a la investigación», y ser «eco al movimiento de ideas del mundo sabio en versiones castellanas de textos clásicos del saber» (Marco García, 1997). En 1930, será absorbida por Espasa-Calpe.

En 1907, sale a luz, en Barcelona, el primer tomo de lo que vendrá a ser «el Espasa» o sea la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* (1907-1930). Gracias al exhaustivo y preciso estudio de Ph. Castellano (2000), se sabe que esta magna empresa de José Espasa, servida también por una voluntad de «regeneración» se inscribe en una época en la que se multiplican las enciclopedias y los diccionarios (5 entre 1903 y 1907). Con una modernidad inspirada en unos modelos y una iconografía de origen alemán (*Konversations Lexikon* de

Brockhaus y del Bibliographisches Institut Meyer) y desde unos valores y referencias inspiradas por la Iglesia católica, será redactada por unos 30 universitarios y académicos de Barcelona y más de 600 colaboradores, con presencia masiva de eclesiásticos (casi una cuarta parte) al lado de hombres de letras, escritores y publicistas mayoritariamente catalanes (un 83 por 100), pero también hispanoamericanos y académicos «de Madrid». Bajo la dirección artística de Miquel Utrillo durante 23 años, publicará 70 tomos hasta 1930, algunos de ellos como el tomo 21 dedicado a España, con ventas de 25.000 ejemplares. La colección ritualizada con sus muebles-biblioteca y lo de «El Espasa lo dice todo» será declarada de utilidad pública (se recomendará su adquisición por los municipios) y ha venido a ser, para España, un «lugar de memoria» aún vivo a finales del siglo XX.

En el campo de la literatura, tras las iniciativas del modesto «editor y librero del modernismo» Gregorio Pueyo, muerto en 1913, quien, desde su famosa tienda, ofrece ya desde 1907 un interesante catálogo de autores modernos españoles e hispanoamericanos (Escolar, 1989, 191), con razón social también emblemática, se crea, en 1911, Renacimiento, Sociedad Anónima editorial con un capital de 1.000.000 de pesetas de las que sólo se emite la primera serie (100.000 pesetas). De la misma manera que La Lectura, nace como una continuidad de la revista homónima creada en 1907, con la cuasi innovación de un director literario o técnico, Gregorio Martínez Sierra, quien fundará también en 1917 la «Biblioteca Estrella». Este «editor revolucionario», según Insúa, se propone «cambiar el panorama del libro español de creación o ficción» (Escolar, 1982). Con él empiezan a cotizarse los autores como firmas –les paga unos derechos elevados e incluso asignaciones mensuales fijas–, pero también a afirmarse la necesidad de un producto de calidad (con cubiertas atractivas gracias a la colaboración del dibujante Fernando Marco, una tipografía cuidada, unas series coleccionables con encuadernaciones en piel y pasta española en las que pueden figurar las iniciales o nombre del comprador «sin aumento alguno de precio»), para responder a la demanda de un público de clases

medias cultivadas ganadas para la lectura que encuentran en la «Biblioteca Popular», por el módico precio de 1,50 peseta cada tomo artísticamente encuadernado en tela, «los sabores a que le van acostumbrando las colecciones de novelas cortas» y en «Obras Maestras de la Literatura Universal» la satisfacción de «un sentido reverencial de la cultura» (Mainer, 1984). El catálogo de 1915 en el que ha venido a recalar el sello de La España Moderna y fugazmente la colección de clásicos de *La Lectura*, se convierte, gracias a las fotos de los autores y a las caricaturas de Luis Bagaría (Elorza, 1988), en una verdadera galería de la literatura española (con alguna representación de la francófona) de la época.

También se puede destacar, como representativa de ese magno *aggiornamento* de la edición española al filo de los años 1910, la creación por José Ruiz Castillo (muerto en 1945) de Biblioteca Nueva (rediviva a finales de siglo), donde se publicarán de 1917 a 1920 los 18 tomos de las *Obras completas* de Freud, los 1.000 ejemplares de la primera edición de *Marinero en tierra* de R. Alberti, y varias obras de Miró, Azorín o Baroja (*Desde la última vuelta del camino* y sus *Obras completas*) o los *Tres ensayos sobre la vida sexual* de G. Marañón (con tiradas sucesivas de 3.000, 5.000 y 10.000 ejemplares), una «Colección de Facsímiles de Primeras Ediciones de Clásicos», lo mismo que unas *Obras selectas* de Valera y luego de Clarín, por ejemplo.

Como editorial con apoyo oficial, las Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, dirigidas por Jiménez Fraud (Martínez Adell, 1989), sacarán a luz, a partir de 1915 y hasta 1936, las cuarenta escasas pero selectas obras de su catálogo con autores como Ortega, Azorín, Unamuno, Machado, al cuidado de Juan Ramón Jiménez tan atento a la elección de los caracteres o a la distribución de las páginas para lograr, por la presentación tipográfica, la belleza formal (Escolar, 1989).

Los propios sectores católicos, tradicionalmente hostiles a la comunicación impresa de masas y a la lectura autónoma, acaban por unirse a la corriente, con la Editorial Católica S.A. fundada en 1913, a la que A. Herrera aporta la propiedad del rotativo *El*

Debate creado en 1910, al margen de sus tradicionales librerías como la Librería Católica Hijos de Gregorio del Amo, cuyo capital alcanza las 180.000 pesetas en 1917. Pero el ambicioso, redentor y, en alguna medida, desesperado proyecto de la Obra Social de Obras Premiadas del Marqués de Comillas, no parece que haya conseguido hacer mella, a pesar de la pertinacia en el propósito de producir «novelas buenas» distintas de aquellas novelas «blancas» con las que «después de leerlas uno se queda lo mismo que antes de empezar» según Irene de Falcón (Santonja, 1986, 230), observable en los sucesivos números de la «Biblioteca Patria» (con biblioteca circulante) y en los de «Cultura Popular» para obras más clásicas.

El proceso de abaratamiento del libro –y, por consiguiente, de la literatura– continúa (Botrel, 2004): *La Novela Ilustrada* de Blasco Ibáñez propondrá «Todo Tolstoï por 1,40 peseta», en 4 tomos (cuando la edición más barata cuesta 12 pesetas), y la «Biblioteca de Grandes Novelas» (francesas las más) de Sopena ofrece tomos en rústica con 5 láminas «con 2.000.000 a 3.000.000 de letras» por una peseta...

Unos visionarios o avispados traductores como Luis Ruiz Contreras se cuidan de adquirir los derechos exclusivos sobre las *Claudine* de Colette (Botrel, 1993, 608) o las obras de Anatole France del que se irán publicando 26 títulos entre 1904 y 1936 (Alonso, 1989).

En 1910, el mercado interior potencial del libro y de la prensa ya consta de 7,3 millones de alfabetizados mayores de 10 años (9,4 en 1920), con un proceso de resorción acelerada del analfabetismo femenino (de un 69 por 100 en 1900 a un 40 por 100 en 1930), y una progresiva generalización de la aptitud lectora entre los más jóvenes con la creciente escolarización. En las consabidas dos Españas de la alfabetización –la del Norte, excepto Galicia, con tasa de alfabetización por encima de la media y la del Sur con tasas por debajo (Vilanova, Moreno, 1992)–, se observan disparidades territoriales en la demanda potencial, entre capitales de provincia o ciudades y el campo, pero Andalucía, al fin al cabo, tiene tantos lectores potenciales como

Castilla-León (1,3 millón). En 1913 ya se publican 1.980 periódicos (1 por cada 10. 000 habitantes) (Desvois, 1977). La oferta acumulada de la Sociedad General de Autores (dramáticos y líricos) creada en 1899, abarca, en 1913, unos 20.000 títulos de comedias, dramas, zarzuelas, etc. más de la mitad de ellos no impresos. Cuenta España con 1.051 librerías y puntos de venta (Botrel, 1988).

En ese momento es cuando se da el auge de las colecciones semanales.

La revolución de las colecciones semanales

En la evolución de las prácticas de consumo de la literatura, lo más impactante por lo masivo –dentro de lo que cabe–, fue sin duda la generalización de una fórmula editorial ya ensayada por Blasco Ibáñez, con *La Novela Ilustrada*, y Calleja, con *La Novela de Ahora*, la colección semanal seriada de gran difusión (Sánchez Álvarez, 2001), como prolongación del cuento en prensa (Ezama Gil, 1992) y la publicación de cuentos y novelas breves de autores principalmente «nacionales».

Suele destacarse la iniciativa de Zamacois en 1907 de publicar en *El Cuento Semanal*, a partir de posibles modelos franceses como *Lisez-moi*, autores españoles con mezcla generacional: en los 263 números salidos entre 1907 y 1912 (30 céntimos el número, ¡más de 5.000 páginas de doble columna en total!), no se nota la frivolidad efímera del cuento corto ni la pesadez del volumen, sino un eclecticismo con referencias a la actualidad literaria que da lugar a una lectura «ni lenta ni fatigosa» (Magnien, 1986).

Lo cierto es que viene a configurar duraderamente un género editorial. Gracias a unos formatos manejables (tabloide y plegable para guardársela en el bolsillo como *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos*) o de bolsillo (11 x 17 cm.) y a su corta extensión, la lectura es posible ya en cualquier lugar. Son productos de precio unitario barato (entre 5 y 30 céntimos antes de 1914, entre 10 y 40 céntimos después de 1918) hechos los más a base de papel «ínfimo» (de periódico) y de una tipografía poco cuidada, que permiten el acceso a capas sociales económicamente poco pudientes. Las cubiertas vienen ilustradas con caricaturas, fotos, dibujos alusivos al cuento publicado cuyo texto también

puede ser comentado gráficamente por un dibujante. Con esta conjunción de la pluma y del lápiz, propia de la literatura «popular» y progresivamente generalizada a la portada de los libros, se ofrece al público un producto mixto de plástica y literatura, que contiene entre 8 y 15 grabados a dos tintas por número en *El Cuento Semanal*, por ejemplo (Magnien, 1986). Como producciones seriadas, crean una fidelización, manteniendo la expectativa en unos espacios de diálogo como «Correspondencia particular». Como publicación periódica se puede comprar en la misma calle, en los kioscos. Pero también es coleccionable y coleccionada: ya desde *El Cuento Semanal* se suelen ofrecer tapas para encuadernar los números sueltos (Botrel, 2002a, 2007): tapas de tela y luego de cuero con «elegantísimas y artísticas incrustaciones de relieve en oro» con las que se da una dignificación del producto impreso observable también en el empleo, en algunas colecciones, del papel cuché.

Con este nuevo tipo de publicación entre libro, periódico y revista ilustrada (Robin, 1997, 125), cada número y su colección viene a ser, pues, una obra completa e inédita para un lector *moderno*. De esta manera, puede darse un acercamiento de las clases medias a lo que se denominaba «nueva literatura» (Mainer, 1986, 11).

Entre 1907 y 1957 se contabilizan más de 160 colecciones dedicadas a la narrativa breve (Sánchez Álvarez, 1996), algunas muy duraderas como la *Novela Corta* (499 títulos entre 1916 y 1925; cf. Mogin, 2000), *La Novela de Hoy* de Artemio Precioso (Labrador, Castillo, García, 2006) que da la puntilla a la *Novela Corta*, fundada por José de Urquía (525 títulos entre 1922 y 1932), *Los Contemporáneos* (la más duradera: 896 títulos durante 18 años), pero también la *Novela Semanal*, con sus 263 títulos entre 1907 y 1912 (Fernández Gutiérrez, 2000), la *Novela Mundial* (Sánchez Álvarez, 1997), *La Novela para Todos* (desde el 20 de mayo de 1916 con un capital de... 2.500 pesetas) (Robin, 1997), muchas muy efímeras, y las más de ellas publicadas en Madrid o en Barcelona (especializada en colecciones teatrales y cinematográficas), con una relativa extensión, sin embargo, de la

moda o del fenómeno a las provincias, en Alcoy, Cartagena, Burgos, Murcia, Oviedo (*La Novela Astur*), Salamanca con *La Novela Salmantina* (1917), Valencia, etc.

Con esta fórmula editorial, bajo la presión de una demanda cada vez más fuerte de productos y bienes modernos y originales, se entabla un diálogo con el teatro, el cine y, después, la radio.

Las colecciones teatrales aparecen en Barcelona, como *El Teatre Catalá* en 1912, y se consolidan entre 1914 y 1918 con *La Escena Catalana* (1917), *La Novela Cómica* (García Abad, 1997) o *La Novela Teatral* (446 números en total entre 1916 y 1925), impresa en papel prensa de bastante mala calidad, en formato 19,5 x 13,5 cm., aprovechando al máximo la plana con apretadísimas líneas de caracteres, con número de páginas y precio variables (10 céntimos al principio), pero con cubierta ilustrada con una caricatura del dibujante Manuel Tovar, con una predominancia de la comedia de tema contemporáneo por lo general de ambiente burgués, muchas obras humorísticas y una fuerte presencia del género lírico y muchas traducciones: 70 títulos en total (Pérez Bowie, 1996). Luego aparecerá *El Teatro Moderno* (1925-1932, 344 títulos), publicada semanalmente por Prensa popular como complemento especializado de *La Novela Corta* (Esquer Torres, 1969) y *La Farsa* en 1927-1936 (Kronik, 1971; Esgueva, 1972) y, en Barcelona, la producción teatral de la Editorial Cisne (Labrador, Sánchez-Álvarez, 2005). Nos lleva a interrogarnos sobre la importancia de la lectura del teatro, al margen del ingente consumo de espectáculos, como prolongación de los «argumentos» pero también como posibles sustitutivos de argumentos narrativos...

Lo mismo se observa con el cine: entre 1907 y 1939, aparecen 18 series cinematográficas periódicas y narrativas (las más editadas en Barcelona por Bistagne), como *La Novela Semanal Cinematográfica*, publicada entre 1920 y 1939 (Martínez Montalbán, 2002) o las *Grandes Novelas de la Pantalla*, escritas a partir de argumentos del cine mudo, arte del silencio al que el discurso narrativo, combinado con los debidos fotogramas, da la palabra.

Muy lejos de la precursora y elegante *Vida Galante* o de los atrevidos –para la época– pero al cabo más o menos artísticos eufemismos de la literatura «ligera» (Rivalan, 1998), también intentará aprovecharse de la fórmula, la novela erótica o pornográfica, con la llamada «ola verde» de los años 20-30, con colecciones como *Colección Afrodita*, *Novela de Noche*, *Colección Placer* o *Priapo*, y narraciones sueltas como *Julia la gozadora* (Valencia, 1923) o *Con paciencia y saliva* de Gonzalo González Gonzaga, reveladoras «de los gustos y fantasmas masculinos con respecto a sexualidad» (Guereña, 1999, 2000).

Progresivamente llegarán las colecciones semanales a abarcar los campos de la política como en *La (anarquista) Novela Ideal* (Serrano, 1986), del deporte y de la tauromaquia, de la biografía con *La Novela Vivida*, de la poesía, con *Los Poetas* (Palenque, 2001), etc. y también será cauce para la afirmación lingüística catalana con *Los Noveles* o *La Novela Nova*.

Pronto Fernando Pintado con los 49 títulos de *La Novela Roja* (1922-23) intentará adecuar una narrativa «revolucionaria breve de quiosco», con «perfil literario zigzagueante, sometido a criterios políticos propagandísticos» (anarquistas) al modelo editorial de *El Cuento Semanal* (Santonja, 1994) y en *Nuestra Novela*, fundada tardíamente (en 1925), el agustino asturiano Padre Graciano Martínez pretenderá, por 25 céntimos, poner «el arte y la belleza al servicio de la verdad y el bien» (Villarías Zugazagoitia, 2002).

En las declaraciones de intenciones de los editores de colecciones de novelas, no falta nunca la preocupación por el ensanchamiento de la base del público con relación a la novela española tradicional y, de hecho, para una parte importante de la población española urbana, de las clases medias y medias bajas, la lectura «breve, fraccionada y periódica» (Botrel, 2007) va a constituir ya, al lado del teatro, una forma de solaz, ocio y entretenimiento: es la clásica lectura «para todos», la novela «popular», «de bolsillo», «pequeña», la novela (o los cuentos) «del jueves», «del sábado», «del *dumenche*» (en Valencia), «de la noche», «para el tren», «lecturas de una hora», además de

«semanal», «quincenal», «narrativa de actualidad», «actual», «de hoy», «de mañana» y a veces incluso «de regalo» o «regalada». De la convencional y zaherida relación con el libro de misa para las mujeres y el librito de papel para los hombres, se pasa en España a una situación en la que, como deseara Ortega Munilla, «aprenden a leer los que no saben y leen los que ya sabían» (Sánchez Álvarez, 1996, 23) y es interesante comprobar que este proceso acompaña la modernización y el relativo despegue de la prensa, siempre dentro de lo que cabe.

Sin poder comprobar las fantásticas tiradas a menudo reproducidas –¡100.000 (para *La Novela Semanal*) e incluso 300 a 400.000 para *La Novela Corta!*–, se recordará que con 30 a 60.000 ejemplares vendidos, pudieron algunas colecciones llegar a tener la difusión que las revistas ilustradas o *magazines* de la época –100.000 ejemplares para *Blanco y Negro*, 120.000 para *Mundo Gráfico*, 75.000 para *Nuevo Mundo* y 35.000 para *Alrededor del Mundo*, según Urgoiti (Gómez Mompert, 1992)–, y si no resulta imposible que *Sor Simona*, primer número de *La Novela Corta*, pudiera alcanzar los 200.000 ejemplares en sus sucesivas ediciones, el que de los números corrientes de alguna colección se vendieran 30 ó 60.000 ejemplares ya representaba, para el consumo de literatura, un salto cuantitativo impresionante.

Por otra parte, el número de colecciones ofrecidas no deja de aumentar: 3 en 1909, 7 ya en 1917, culminando en 1923 cuando la oferta simultánea de novelas cortas es de 8 series (más 8 efímeras) y de 20 a 35 colecciones si se tiene en cuenta la progresiva diversificación temática. Lo cierto es que el 60 por 100 de ellas fueron creadas entre 1922 y 1930, y en esta fecha, el número de colecciones de novelas cortas es aún de 7 (más 7 efímeras) y no desaparecerán del todo con la guerra, para luego resurgir bajo el franquismo.

El carácter masivo y duradero de este fenómeno socio-cultural de carácter literario –síntoma y estímulo a la vez–, con 455 colecciones repertoriadas por Sánchez Álvarez-Insúa (1996) entre 1907 y 1957, el medio de difusión (kioscos y suscripciones) o el espíritu de colección relacionado a veces con la suscripción tanto

como la temática y el protagonismo comercial de los autores, dan cuenta de unas nuevas prácticas lectoriales fomentadas para unos siempre «nuevos lectores» (Botrel, 1996a) y acarrear una mutación considerable en el mercado literario, dando la pauta para muchos años.

Escritores y editores

La innovación/renovación editorial consiste también en el establecimiento de una política de autores –cada vez más organizados y atentos a sus derechos (Sánchez García, 2002ab)– por la que se procura que estos firmen un contrato exclusivo, de autores «nacionales» –con no pocas protestas de los lectores cuando de traducciones se trata–, con la confección de unas nóminas con los «imprescindibles» y los debidos «ánimos a los jóvenes maestros», con hábitos literarios más modernos, pues (Mainer, 1986, 11).

Si bien no desaparece del todo el ritual discurso de los autores sobre los libros que «no se venden», que «se regalan», que se dejan en rama para una progresiva y prudente encuadernación, como en el caso de *El doctor inverosímil* de R. Gómez de la Serna (Barrère, 1983, 245), se van afirmando, pues, unas nuevas modalidades de producción literaria y de remuneración del trabajo creador.

Sintomático de ello es el protagonismo gráfico del autor cuyas caricaturas o retratos aparecen ya en las cubiertas de las colecciones semanales, con una forma aún modesta de «estrellización» hasta entonces reservada a las actrices.

A raíz de la diversificación, de la profesionalización (Sánchez, 2003a) y de una relativa masificación de las ventas, van transformándose las relaciones de los escritores con los editores, ya muy distintas de las impuestas por Hernando a Galdós (Botrel, 1974). Si algunos autores como Valle-Inclán, quien llegará a cobrar el 25 y hasta el 30 por 100 del precio de venta al público (Barrère, 1983, 249), y R. León pueden seguir comprando el papel de sus libros, imprimiéndolos por su cuenta para venderlos

después a un editor-difusor como Renacimiento donde las condiciones no parecen haber sido del todo malas (Valle-Inclán Alsina, 1998; Ara Torralba, 1998), la diversificación de los quehaceres y de los medios, el aumento de la demanda editorial permiten a los autores unas condiciones más favorables y una especie de tarificación. En la «sociedad literaria española», la prensa, con las revistas más o menos radicales y culturales, desempeña un papel señero, permitiendo la configuración de un grupo intelectual (Mainer, 1981), y la promoción de determinados autores como Miró en *El Sol* (28 folletos entre noviembre de 1924 y diciembre de 1926 y 1.800 ejemplares de *El obispo leproso* vendidos en menos de dos meses). Gómez de la Serna combina su producción libresca con la entrega de unos 167 artículos por año en la prensa entre 1919 y 1934 –más de uno al día en 1920, sin tener en cuenta las revistas– e intervenciones en la radio (con unas greguerías luego publicadas en la revista radiofónica *Ondas*) y se siente defraudado al no poder sacar provecho de la traducción de sus obras en Francia a pesar de la mediación de Valéry Larbaud (Barrère, 1980). Existen escritores-traductores: además de Ciges Aparicio (Alonso, 1986), se encuentran, en los años 30, Pedro Salinas y José María Quiroga Pla, traductores de Marcel Proust, Julián Gómez Gorkín, pero también César Vallejo (traductor de Barbusse o Marcel Aymé) o Francisco Ayala (para Arnold Zweig). También hay escritores solapistas evocados por Gómez de la Serna o Salinas (Ruiz Castillo, 1972, 272). Un autor como Luis Araquistain explica a *La Novela de Hoy* (en el número almanaque de 1924) cómo de autor de perra chica, ha pasado a serlo de perra gorda e incluso de tres perras gordas...

Puede observarse cómo se va generalizando la costumbre de la pluripublicación (vulgo: *refritos*) o de la publicación sucesiva con mínimas transformaciones que valora más la unidad producida – caso de Valle-Inclán estudiado por E. Lavaud (1991)–, pero también las adaptaciones en forma de relato breve de novelas largas, caso de *La Casa del Crimen/Las Memorias de un hombre de acción* de P. Baroja en el primer número de *La Novela Mundial*

(1926). Algunas obras se benefician ya de adaptaciones para el cine mudo o sonoro, como para *El negro que tenía el alma blanca* publicado en 1922 por A. Insúa.

Se suele aludir a los dos inmensos éxitos populares de Pérez Lugín, con 50.000 ejemplares de *La Casa de la Troya* vendidos en 1916, a las tiradas de 20 ó 30.000 para las obras de Pedro Mata, pero, según el propio Baroja, editado entre 1917 y 1930 por Caro Raggio, un gran éxito era para él seis u ocho mil ejemplares... Conste que entre 1910 y 1931, el ritmo anual de ventas de *El amor de los amores*, la novela de R. León más editada y vendida, habrá sido de 291 ejemplares/mes –muy lejos del fantástico medio millón a menudo citado–, pero tres veces más que *La sed de amar* de la que vende F. Trigo unos 1.200-1.300 al año (García Lara, 1986; Botrel, 2000b). Con tiradas de 10.000 ejemplares de cada sus novelas, entre 1908 y 1914, Felipe Trigo puede llegar a ganar 60.000 pesetas en 1915, según Fernández Cifuentes (1982, 82), pero solo 10.500 por año en 1901-1908. Mucho más, de cualquier forma, que Unamuno (Bachoud, 1985). De A. Insúa se dice que, con V. Blasco Ibáñez, fue uno de los pocos novelistas que pudieron vivir de su pluma. De este, «ostentoso vendedor de novelas», se suelen citar los 2 millones de ejemplares correspondientes a 28 obras puestas en circulación desde España hasta septiembre de 1924, «sin tener en cuenta las numerosas ediciones hechas en muchas Repúblicas de la América de habla española», según la página cuarta de cubierta de *Luna Benamor* (92.000 para *La Barraca*, 124.000 para *Sangre y Arena*, 148.000 para *Los cuatro Jinetes de la Apocalipsis*). Lo cierto es que, con parte de los 200.000 ejemplares de sus obras traducidas al francés y publicadas por Calmann-Lévy, pudo ganar 102.000 francos entre 1921 y 1927, o sea: entre 45.900 y 31.620 pesetas según las fluctuaciones del franco con relación a la peseta (Botrel, 2000d). Entre 1920 y 1926, las ventas de 15 títulos (17 volúmenes) de Ricardo León, quien también se beneficia en algún momento del mecenazgo del Banco de España pero sobre todo de los sectores conservadores promotores de un «modernismo casticista» (Ara Torralba, 1998), habrán sido de 186.000

ejemplares y sus ingresos por este concepto entre 1910 y 1919 de unas 24.000 pesetas por año, muy lejos otra vez del millón de pesetas ganadas en 1910 y siempre dado por «seguro», pero casi cinco veces lo que cobraba entonces un catedrático de universidad y que hay que contrastar con las 45.000 anuales entre 1904 y 1911 cobradas por Galdós a costa de dilapidar los 90 títulos de los que aún es «propietario» en la casa Hernando (Botrel, 1974) o las 6.000 pesetas que, en 1934, declara Baroja conseguir con la pluma (Barrère 1983, 245).

Ortega será, según Corpus Barga (Fernández Cifuentes, 1982, 183), el que inaugure el tipo de escritor considerado y atendido solo por su calidad de escritor, y se puede observar que a la ya veterana y rutinaria Asociación de Escritores y Artistas Españoles y la Sociedad General de Autores Españoles, se suman otras organizaciones como una nueva Asociación de Escritores Españoles en 1923, según Fernández Cifuentes (1982, 306), o la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (Fuentes, 1980) que plantean ya en términos económicos, jurídicos o más ideológicos el estatuto y la función de escritor para quien la libertad de creación y de edición regida por la ley de 1883 resulta reiteradamente sometida a restricciones (como en 1918, 1920 o 1923), pero sin que el libro de más de 200 páginas no político quede muy afectado. En cuanto a la mensualización prometida a los autores contratados por la Compañía Ibero Americana de Publicaciones (CIAP) no pasará de ser un fugaz espejismo (Mainer, 1981).

La incorporación de hecho —es un verdadero rehermanamiento— de muchos escritores hispanoamericanos (después de 1892) a la literatura española coincide con la apertura para esta en Suramérica de un mercado imprescindible aunque todavía disputado de que dan cuenta las exportaciones que ya alcanzan las 1.800 toneladas anuales entre 1910 y 1919, cuando apenas superaban las 1.100 en 1890-1899 (Martínez Rus, 2002; Beas, 2005; Pellegrino, 2007). Pronto quedará desbancada la competencia francesa de los Bouret, Garnier, Ollendorff o Michaud donde actúan directores literarios y traductores

españoles (como Ciges Aparicio) e hispanoamericanos (Botrel, 2001a). Desde su exilio madrileño, Rufino Blanco-Fombona, al fundar la Editorial-América (1915-1933), proyecta prestar una específica atención al movimiento intelectual hispanoamericano (Segnini, 2000). En los planteamientos de las nuevas editoriales como CALPE (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones) o CIAP, se organiza toda la empresa en función de una demanda –interior y exterior– mucho mayor o más fácil de conquistar (Cabrera, 1994, 131) con clara sobreestimación de la capacidad del mercado del libro en lengua española...

Invertir en el libro

En los años 1920-1930 es cuando se producen los primeros intentos de concentración editorial desde perspectivas ya claramente capitalistas y cuasi monopolistas (Martínez Martín, 2001d): buen ejemplo de ello es la creación, en 1918, de CALPE (Sánchez Vigil, 2005, 2006). Esta sociedad filial de una empresa que ya cuenta con La Papelera Española, *El Sol*, etc., se funda con la preocupación de ofrecer un futuro seguro a La Papelera, favoreciendo, para resistir la competencia, el consumo de papel e intentando crear unas necesidades de consumo de libros. Con esta empresa, el capitán de industria N. M.^a de Urgoiti, editor de la efímera revista iberoamericana *Dédalo*, dedicada a la industria del papel, de las artes gráficas y de la publicidad (Barrère, 1989) se propone revolucionar la industria editorial cerrando el ciclo papelero: de la plantación de árboles hasta la producción y difusión de libros con colaboradores y directores de renombre y sucursales, talleres gráficos, una gran librería, dedicándose después a la radio y al cine, etc. (Cabrera, 1994, 131). Es sin duda la primera empresa editorial de «verdadera potencialidad financiera» (tiene un capital social de 12 millones, con seis efectivamente invertidos), «capaz de cubrir todos los ramos de la producción bibliográfica, con una esmerada selección de las colaboraciones intelectuales y profesionales» (Cabrera, 1994, 129). En su «Colección Universal», de precio asequible (30 y luego 50 céntimos), de cuidada edición y con una rápida cadencia en su publicación (Cabrera, 1994, 186) se dan cita, por primera vez en España, los clásicos grecolatinos, Shakespeare, el empirismo inglés, el romanticismo europeo, Darwin, el Siglo de Oro español, la literatura rusa, la gran novela francesa –con la

colaboración de traductores de primera fila como Azaña– y algunos –no muchos– autores españoles del momento como los Machado, Altolaguirre, Gómez Carrillo, etc. (Sánchez Álvarez, 1996, 24). También publica una «Biblioteca de Ideas del Siglo XX» dirigida por Ortega y Gasset, «Los Humoristas», de relativo éxito, no así su «Colección Contemporánea de los Autores Modernos». En 1922, toma una participación en Espasa, encargándose de la venta en exclusiva de la *Enciclopedia...*, actividad que pronto representará la mitad del negocio de una empresa de azarosa vida en 1923 con casi 5 millones de pesetas inmovilizados, lo cual ocasionará una reorganización. El 1.º de enero de 1926 absorbe a la barcelonesa Espasa para crear Espasa-Calpe (Castellano, 2000)

Otro intento monopolista lo representa, a partir de 1928, la CIAP, concebida como una gran empresa cultural y política con un capital social de 600.000 pesetas. Merced al apoyo financiero de la Banca Bauer adquiere en propiedad varios sellos editoriales (Renacimiento, Mundo Latino, Fe, Estrella, Biblioteca Corona, Atlántica –con *La Novela de Hoy*–, Mercurio, Hoy) y algunas revistas de consolidado prestigio en los más diferentes campos, con el proyecto de favorecer a los autores, intentando alzarse «con el plato y la limosna», según dijeron algunos. Consigue la exclusiva de un centenar largo de autores cuyos artículos comercializa a través de una agencia de prensa, asignándoles un sueldo mensual fijo establecido según el balance de pormenorizados resultados de ventas (Santonja, 1989); crea una red de librerías con once establecimientos propios convertidos algunos de ellos en secciones especializadas por Pedro Sáinz Rodríguez y un centenar larguísimo de librerías asociadas, imprenta, taller de fotograbado, fábrica de tintas, etc. Procura facilitar el acceso al libro («El Libro para Todos» se vende a seis reales), resucitar los escritores antiguos («Clásicos Olvidados»), ayudar a la difusión de los libros catalanes, gallegos (con la «Biblioteca de Estudios Gallegos»), portugueses e hispano-americanos, con la lengua española, ofreciéndose como instrumento de comunicación de los países hispanoamericanos

con la cultura europea. También crea las Bibliotecas populares Cervantes, dirigidas por el inspector de Primera Enseñanza Francisco Carrillo Guerrero, y publica unas llamativas colecciones como «Las Cien Mejores Obras de la Literatura Española», «Las Cien Mejores Obras de la Literatura Universal», y «Las Cien Mejores Obras Educadoras», vendidas 1,25 peseta cada volumen y cuya promoción se hace en las escuelas con un álbum publicado al efecto (García Ejarque, 2000, 180). Puede decirse que al poco tiempo, casi solo queda fuera del círculo y sistema CIAP, la *Revista de Occidente*, «lo marginal, lo naciente o de decidido sesgo antisistema, comprometido y revolucionario» (Escolar, 1989). Cuenta con las acomodadas y bien pensantes personalidades de su Consejo de Administración, expertos en economía y profesionales de la erudición, apasionados por la cultura clásica española y nostálgicos del «imperio» hispanoamericano en su vertiente intelectual, dimensión muy perceptible en la política de edición y de autores. Al cabo de tres años, a raíz de la quiebra en 1931 de su principal financiero, el banquero Bauer, esta magna y ambiciosa empresa económico-cultural aún por valorar –el catálogo de 1929 tiene unas 300 páginas– habrá de ralentizar su programa e interrumpirlo, con no poca zozobra y protesta de hasta 50 «desventurados y mansos» –son calificativos de Emilio Carrere– escritores de la época. El saldo masivo de sus existencias provocaría un coyuntural desequilibrio en el mercado librero (Escolar, 1989, 285).

Otra empresa, aparentemente más modesta en sus planteamientos pero más duradera e influyente, será la *Revista de Occidente* creada en 1923 y que, a partir de 1924, tiene actividades editoriales. A partir de los estudios de Gonzalo Redondo (1970), López Campillo (1972) y Escolar (1989), se puede ver cómo, entre 1925 y 1930, va lanzando 14 colecciones dedicadas a la filosofía, a la política y a la reflexión, a la historia de la filosofía y a los grandes pensadores (con bastantes traducciones) más que a la literatura: es por ejemplo «Nuevos Hechos, Nuevas Ideas», colección con carácter de actualidad solo comparable con la «Biblioteca de Ideas del Siglo XX» de Espasa-

Calpe, «Hoy y Mañana», «Nova Novorum» (novelas) o «Los poetas» con Guillén, Alberti, Salinas, García Lorca (del *Romancero gitano* se publican 2.000 ejemplares el 20 de julio de 1928 y una segunda edición de 2.000 ejemplares el 10 de junio de 1929), «Libros del Siglo XIX», «con la cual se pretende ante un inmediato futuro demasiado turbio volver atrás la cabeza». Entre 1924 y 1936, de las obras de 148 autores de todas las épocas (una docena de ellos españoles), hará la editorial 262 ediciones con tiradas de 2.000 ejemplares las más. Pero de *La rebelión de las masas* se agotaron 6.000 ejemplares entre el 31 de agosto de 1930 y junio de 1931, publicándose una tercera edición de 3.000 y una cuarta el 18 de mayo de 1933; de *España invertebrada* se hace una cuarta edición el 18 de junio de 1934 y de *Misión de la universidad* (1931), se agotan 5.000 ejemplares en 20 meses. Entre las otras editoriales y demás «empresarios de libros», se sabe de las Ediciones Proa creadas en 1928 (Proa, 1978) y de Joaquín de Oteyza (Mangada, Pol, 1997).

En la misma época, Barcelona, con nuevas y boyantes casas editoriales innovadoras (Gassó, Seix Barral, Labor, Joventut, Apolo, etc.), algunas de ellas (El Gato negro, Molino, etc.) especializadas en la edición de consumo –muy exportadora– (Llanas, 2006a), va construyendo su futuro liderazgo en el sector de la edición (Llanas, 2005).

Hacia una nueva estética del libro

No solo va cambiando la edición sino también el libro –sus formas (Sánchez García, 2001), su imagen y representación– bajo los efectos de una nueva estética: mientras las coloridas cubiertas en cartón remiten ya a concepciones del siglo pasado, empieza a manifestarse una preocupación estetizante perceptible en las encuadernaciones artísticas de Josep Roca (Vélez, 1989b) y en algunos editores como Rodríguez Serra, Martínez Sierra o José Gallach y Torras quien, en 1909, en la Primera Asamblea Nacional de Editores y Libreros de España, afirma la responsabilidad de los editores en «la depuración del buen gusto, para obtener un ejemplar modelo, y de este modo acostumbrar[emos] a los lectores a inclinarse insensiblemente a todo lo bello, despertando en la gran masa el sentimiento artístico». También algunos autores como Blasco Ibáñez y el propio Unamuno habían manifestado una clara preocupación por las cubiertas e ilustraciones de sus libros, llegando a dibujarlos, pero el laboratorio de las revistas es el que impele a reflexionar sobre la unidad entre el libro y el texto con sus posibles ilustraciones dentro de un mismo sistema estético.

La cubierta ya había llegado a ser un lugar estratégico (Rivalan, 2003-04, 2004, 2007): lo expresa muy bien y casi lo teoriza Blasco Ibáñez (Herráez, 1999, 216, 192) y las portadas de Arturo Ballester o Povo para Prometeo lo ejemplifican; en los años 20, la cubierta ilustrada y en color es ya casi sistemática, como en la editorial Pueyo o Renacimiento, gracias a la colaboración de dibujantes como Marco (autor de unos 300-400 originales para dicha editorial). Baldrich, Carlos Vázquez, R. de Penagos, Bartolozzi, etc. son ya «firmas» cotizadas (Sánchez,

Ayuso, 2004; Pérez Rojas, 2006; Lozano, 2007). El fenómeno se observa por toda España: en Euskadi y Cataluña, por supuesto (*Artes gráficas*, 1988), pero también en Segovia, en la novela de Alberto Camba, *Bendita tú eres...* publicada en 1927, con su ilustración de cubierta, llegando la novela a constituirse en un nuevo «género editorial» (Botrel, 2001b). Un ilustrador de libros como Joan Junceda aplica su arte entre 1907 y 1947 en colecciones de libros en catalán para niños, como la «Biblioteca» y luego «Col.lecció Patufet» (Castillo, 1990) y otros, como Federico Ribas en 1917 para el diario *El Sol*, se exponen en las paredes lo mismo que en los libros (Redondo, 1970, 65).

Pero pronto la preocupación estética se manifiesta también en la puesta en página (Torné, 2001): generalizando ya parte de las opciones observables en *Oracions* de Rusiñol (1898) arquetípico libro del modernismo (Trenc, 1977), las *Opera Omnia* de Valle-Inclán o las obras editadas por Renacimiento ofrecen ya libros con exigencias de belleza (Trapiello, 2006). Sin embargo, tal vez sea Juan Ramón Jiménez el que, por ahora, teorice y ponga por obra con exquisitez muy... juanramoniana, estas nuevas exigencias: «creo que el libro por sí, aparte de su contenido debe ser una obra de arte» escribe, y manifiesta su odio a los libros *erratudos* o sea: donde la confección tipográfica, la calidad del papel, la encuadernación no resulta «perfecta». A partir de *Ninfeas* y *Almas de violeta* que son ya creaciones poéticas y tipográficas, seguirá aplicando sus exigencias de belleza a *Helios*, con la calidad de asesor de Martínez Sierra, en Renacimiento, en las elegantes Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, con sus generosos blancos en los márgenes y su sobriedad de signo clasicista (con la cabeza del atleta rubio) y a las de la Editorial Calleja o de la «Biblioteca de Índice (Biblioteca de Definición y Concordia)» como, por ejemplo, *Los niños* de B. Palencia con silueta del propio J. R. Jiménez y, por fin, en la Editorial Signo, aventuras editoriales para la «inmensa minoría» (Escolar, 1989). El propio Lorca manifiesta interés por el libro que acoge a sus poemas: «quiero que salga a gusto mío ya que soy el padre» dice y afirma ya claramente sus preferencias y responsabilidad al

declarar no querer «cretonas»: de ahí el florero dibujado en el primer *Romancero gitano*, pero también el *Poema del cante jondo*, con diseño de Amster que le permite conectar con las «valentías vanguardistas entre ultraísmo y *Octubre*» y, en el caso de Jorge Guillén, quien dedica un poema «Al amigo editor», la arquitectura pitagórica de *Aire nuestro*. Muchas «alegrías» tipográficas o de color ya marcan la pauta y llegan incluso a los diminutos libros de Ediciones La Pluma, como se ve en la edición de *Agua en cisterna* de E. Marquina en 1921. Lo cierto es que no faltan poetas o artistas tipógrafos e impresores como E. Prados (Neira, 2000), M. Altolaguirre (Valender, 2001) o L. Seoane (Trapiello, 2006).

La transformación radical del panorama visual perceptible en el libro, seguirá experimentándose en las revistas, la revista *Ultra* por ejemplo, abierta a la influencia de los carteles publicitarios, a la estética «réclamiste» que pedía el futurismo, apertura prolongada en *Alfar*, pero también severamente depurada en las cubiertas amarillas de la «Biblioteca de Índice» o azul de la revista *Litoral*.

De esta corriente también dan cuenta las encuadernaciones industriales en tela editorial como las de la «Biblioteca Hernando» en 1928, de la editorial de Eduard Domènech o de Editorial Apolo en Barcelona (1938), el renacimiento en Cataluña de la (neo)xilografía, con la ilustración de libros por Ricart u Obiols (Fontbona, 1992 ; Vélez, 1990) para publicaciones de «caire distinguit» o en Editorial Catalana, sin olvidar la actividad bibliofílica de Ramón Miquel i Planas, editor de *Contes de bibliofils* en 1924, por ejemplo, y los siempre renovados *ex-libris*.

Nuevos públicos y nuevos lectores

En los años 1920, cuando el número de alfabetizados viene a ser el mismo que el de analfabetos (7,3 millones) y cuando casi todos los aspectos de la vida social se expresan ya sobre papel (Ramos, 2003), empieza a cundir el deseo de modernización, de europeización y de educación de unas masas burguesa y obrera manifestado por la muy presente y activa corriente institucionista (Serrano, Salaün, 2002, 2006), y en unas prácticas compartidas de escritura (Castillo Gómez, 2001; Sierra Blas, 2003). El libro y la lectura se democratizan (Martínez Martín, 2001d). Va cambiando el discurso sobre el libro considerado por ellos como «redentor» aun cuando todavía puede uno enterarse, con el padre Ladrón de Guevara S. J. en *Novelistas malos y buenos*, de los «9 tesoros que se pierden con la lectura de novelas» y acatar los consejos de Joël de Lyris en *La elección de una biblioteca*, en una traducción y adaptación de M. Sánchez de Castro (Barcelona, Herederos de Juan Gili, 1910). Para *Dédalo. Revista quincenal iberoamericana de la industria del papel, de las artes gráficas y de la publicidad* publicada por CALPE en 1922, «hacen falta hojas impresas, muchas hojas impresas... Esto puede matar aquello. Aquello es la ignorancia, el vicio, la criminalidad, las luchas sociales, la espantosa anarquía... Esto es el libro, la revista, el periódico que nos llevará a conquistar la verdad, a practicar el bien, a disfrutar la belleza» y al referirse a la recién inaugurada Casa del Libro no dudará en afirmar que: «el libro es sin disputa el más hermoso y el más importante instrumento de civilización, de recreo, de perfeccionamiento de la Humanidad manantial purísimo y abundante de alegría de riqueza, de felicidad. El que nos hace más

inteligentes, más fuertes y más humanos. Bien merece pues (...) un palacio tan suntuoso» (Barrère, 1989, 164 y 146).

Gracias a la creciente escolarización, el libro llega a ser objeto cada vez más familiar para niños y jóvenes: trátase de la incipiente diversificación de los géneros y de las formas ya perceptible en la lista de libros aprobados en 1885 o del libro único como la enciclopedia (Escolano, 1997), esto da pie para que a los históricos Hernando, Calleja, en Madrid, Paluzié, Bastinos, en Barcelona, Santiago Rodríguez en Burgos (de cuya *Nueva enciclopedia escolar* de Félix Martí Alpera, publicada en 1930, ya se han vendido 100.000 ejemplares en 1933), Santarén en Valladolid que se va especializando en el libro escolar, se sumen otros editores y libreros con legítima y reiterada pretensión a beneficiarse de este mercado (vs la venta directa por los autores, costumbre aún vigente en los años 1940). Son, por ejemplo, Dalmau Carles, El Magisterio Español, o Miquel Porcel i Riera en Mallorca para la difusión de sus propias obras. Interesa destacar la labor de un Joan Bardina, perceptible en la «Biblioteca Escolar Moderna» a partir de 1905 o de la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana o, en Valencia, del Centre d'Acció Valencianista desde el final dictadura de Primo de Rivera hasta 1938. Lo que en Cataluña da lugar a más de 170 títulos distintos inspirados por una reivindicación lingüística, con la publicación de muchos catecismos en catalán (lo mismo ocurre en el País Vasco con el vascuence), no pasa en Galicia de ser una mera reivindicación con una corta nómina de textos escolares elaborados para la galleguización escolar. En el País Vasco, destaca la labor de la Sociedad de Estudios Vascos (Eusko Ikaskuntza) y del editor López Mendizábal, con la aparición de libros de «lectura extensiva y desarrollo lector» (Escolano, 1997). A partir del tercer centenario, la lectura de *El Quijote* (presente en versión abreviada en *El libro de las escuelas* de E. Vincenti en 1905) se beneficia de unas numerosas ediciones ampliamente difundidas a partir de los años 20, al volverse «lectura obligatoria» (Ruiz Berrio, 2007). En 1923 se pretenderá (en vano) sustituir las tradicionales listas por un libro único editado por el

Estado y, bajo la República, el Consejo de Instrucción Pública procurará evitar las situaciones de monopolio o de texto único, velando por «el valor pedagógico y la pureza ideológica» de los manuales con una preocupación por la renovación ideológica, política y pedagógica perceptible en la lista de 1934. Para cada materia –inclusive la literatura– se prevé cada vez más varios volúmenes de dificultad progresiva.

El 17 de mayo de 1932 ya se aprueban dos listas de libros para las bibliotecas escolares (Escolano, 1997), cuando la lectura cuasi desvinculada del medio escolar se fomenta cada vez más: además de los famosos cuentos de Calleja y de la «Biblioteca Perla», o de la «Colección de Cuentos Infantiles» de J. A. Meliá publicada en 1906 para «despertar en los niños los sentimientos de justicia, fraternidad y amor a los ideales del progreso», se publican los textos de Salvador Bartolozzi, Antoniorrobes o Elena Fortún, unos cuentos en vascuence, sobre todo a partir de los años 20 con ilustraciones modernistas de Txiki, por ejemplo, se traduce, por fin, *Alicia en el país de las maravillas* y *Pinoccio* y llama la atención el éxito de Folch i Torres, por ejemplo. El libro infantil empieza a ser social y editorialmente reconocido y a beneficiarse de una modernización de sus temas y formas rompiendo con la concepción didáctica y moralizadora vigente (García Padrino, 1992).

Para las mujeres en 1930 el número de alfabetizadas ya alcanza los 5,8 millones, con un aumento de 2,5 millones con respecto a 1900, se siguen publicando productos específicos ya semi-desvinculados de la esfera familiar y casera como *Lecturas*, suplemento literario desde 1921 de *El Hogar y la moda*, pero también se inaugura (en 1920) una colección «Para Mujeres» en la Biblioteca Estrella y la Editorial Juventud publica también colecciones de novelas del género rosa. En 1918, de los 117.868 lectores de las cuatro bibliotecas de Barcelona, 35.833 están inscritos en la Biblioteca Popular para la Mujer y son más de 40.000 en 1919 (Fernández Cifuentes, 1982, 125). Antes de otorgar a las mujeres el derecho de voto, se empieza a hacerles preguntas acerca de sus preferencias de lectoras: obviamente no

tiene el mismo significado preguntar a escritores y artistas siete títulos de novelas recomendables a una extranjera culta (como Rivas Cherif en diciembre de 1925) o a un librero «¿Qué libros de verano me recomienda Vd.?» (Fernández Cifuentes, 1982, 273) y hacer como *El Sol* (en mayo de 1927) una encuesta acerca de sus lectoras de la cual resulta una marcada preferencia por Galdós, Cervantes, Concha Espina, Palacio Valdés (citados más de 100 veces) y luego, con 60 menciones, por Pérez de Ayala, Benavente o Blasco Ibáñez...

También se hace hincapié en la dimensión cultural y política de la actividad editorial. Al margen del reformismo pedagógico fomentado por la editorial Labor (González, Vilanou, 2005) y de las publicaciones de los partidos y de los sindicatos existe una narrativa breve socialista –antologada por Arias González y Luis Martín (1998)–, corriendo parejas con el aumento de las prácticas de lectura de los obreros (Luis Martín, 2002) y, en general, de la escritura (Sierra Blas, 2003), se contempla la manera de «no privar a la política de la magna ayuda de las letras» según dijo José Díaz Fernández (Esteban, 1972) y se da un florecimiento de publicaciones «de ideas» favorecida por el hecho de que los libros que superasen las 200 páginas estaban exentos de previa censura (Santonja, 1986). A partir las monografías dedicadas por G. Santonja al tema, se ve cómo hacia 1930, «alborotan el mundo editorial e impactan un nuevo público» unas editoriales de «avanzada».

Son Ediciones Oriente (1928-1932), «de inequívocas resonancias», fundada con un capital de 20.000 pesetas, que no duda en escandalizar a la moral burguesa con la traducción de *Corydon* de Gide pero también hace «una labor de cultura popular», difundiendo las obras más valiosas del pensamiento moderno «con fines de orientación colectiva», con mucha literatura ruso-soviética, pero también, en 1930, la primera edición de *Leyendas de Guatemala* de M. A. Asturias: 36 títulos y 51 ediciones en total, con portadas de Ramón Puyol y Mauricio Amster. Sus libros, escribe Santonja (1986, 169), «los quería ágiles, intensos y febriles, comprometidos, vividos; nada

académicos, sin anécdotas lineales ni de realizadores argumentos únicos, nuevos; como un film».

Les hace la competencia Historia Nueva (1928-1931) que, bajo la influencia del peruano César Falcón, autor de *El pueblo sin Dios* (1928), se automultiplica en las feministas Ediciones Avance –respuesta a la «novela blanca» (Santonja, 1986, 230)–, Ediciones Última, «al margen de sus numerosas colecciones como «Biblioteca Médico-Social Contemporánea» o *La Novela Social*, con seis títulos entre los cuales *El Blocao* de Díaz Fernández cuya edición de 20.000 ejemplares dicen que se vendió en quince días. Otras editoriales de la época son Ediciones Ulises, Editorial Cénit, fundada por Rafael Giménez Siles (permite el descubrimiento de escritores norteamericanos poco conocidos entonces como Sinclair Lewis, John dos Passos o Upton Sinclair pero también europeos como Herman Hesse, Ilya Ehrenburg además de César Vallejo o Ramón J. Sender), Antorcha, Biblos, Hoy, Zeus, o Editorial España, fundada en 1929 por Araquistain, Álvarez del Vayo y Negrín que consigue vender 100.000 ejemplares de *Sin novedad en el frente* de Remarque. Todas se dedican a «difundir entre los lectores de nuestra lengua esos libros que estaban formando la conciencia del porvenir de la humanidad» (Escolar, 1982, 39). Las dos revistas y las nueve editoriales creadas entre 1928 y 1936, se plantean claramente el libro como medio de hacer algo «útil» y, con una producción de más de 500 títulos cuantitativa –para aquel entonces– y cualitativamente importante logran «renovar por completo el alicaído y retrasado panorama de (las) letras». «Ponen al descubierto la existencia de un grupo amplio y heterogéneo de lectores para las obras rigurosamente contemporáneas y con la contemporaneidad [...] comprometidas» (Santonja, 1986, 251). Es el auge de la literatura revolucionaria de calidad con la subsiguiente aceptación de los libros de avanzada, unos libros heterogéneos y plurales, pegados a la modernidad y con ella comprometidos de muy diversas maneras; en la búsqueda de un nuevo lenguaje, tratando de subvertir el orden, todos los órdenes: el político, el social, el estético, según Santonja (1989). También

llama la atención el interés de los editores por el ensayo (Navarro Ledesma, S. de Madariaga, A. Ramos Oliveira, Juan de Mairena) o el libro político y de actualidad. Esta literatura llega hasta los quioscos con la editorial Fénix, al ofrecer esta, al ritmo de dos o tres volúmenes al mes, muchas de las obras introducidas por las editoriales derivadas de Post-Guerra y Oriente, con precios cuatro o cinco veces inferiores... mostrando, con Cénit, su interés por la vulgarización médico-sexual. Algunas editoriales como Historia Nueva llegan a vender directamente sus libros a centenares de «gentes perdidas en los pueblos», según Santonja (1986, 201). Incluso llegan a asumir con Centro Editorial Minerva y la Central de Ediciones y Publicaciones la distribución que Espasa-Calpe y la Sociedad General Española de Librería no quieren aceptar. La recuperación por la monopolista CIAP de la corriente de «avanzada» con Ediciones Hoy y el hecho de que muchas editoriales recurran a su distribuidora confirmará el interés pero también las dificultades encontradas para acceder al público.

La cuasi críptica lectura obrera evocada por Mainer (1977), ya ha cambiado de escala con las bibliotecas creadas fundamentalmente por las organizaciones obreras que permiten el desarrollo de la lectura fuera de las escasas e inadecuadas bibliotecas públicas : tanto la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (Franco Fernández, 1998) como la Biblioteca circulante del Sindicato Nacional de Carteros Urbanos con unos 1.000 títulos, o la Casa del pueblo de Valdecuna (Mieres) con sus 75 volúmenes dan fe de este anhelo de lectura en la clase obrera. En Asturias (Mato Díaz, 1991, 2004), los préstamos por socio pasan de 4,7 en 1925 a 11,7 en 1935, en las 59 bibliotecas populares existentes (86.000 volúmenes en total). En la Biblioteca circulante del Ateneo obrero de Gijón fundado en 1905, se contabilizan, en 1935, 41.873 «lecturas» a partir de los 10.000 volúmenes propuestos. Entre los 37.236 volúmenes de la Biblioteca pública Arús los libros preferidos a principios del siglo por los 12.000 lectores anuales corresponden a la literatura «amena». En los años 1911-1913 el autor más leído por los socios del Ateneo obrero de Gijón es con mucho –más del doble que Palacio Valdés, Blasco

Ibáñez y Baroja–, Galdós cuya vida editorial continúa con bastantes disparidades (Botrel, 1984-5), pero entre 1927 y 1934, se puede ver cómo Blasco Ibáñez llega a ser tan leído como Galdós y más que Baroja, con un creciente interés por Insúa, López de Haro, Fernández Flores y, por supuesto, el clásico e inoxidable Dumas. En la Biblioteca Popular circulante de Castropol entre 1922 y 1934 los 3.578 lectores contabilizados llegaron a leer al año 10 libros cada uno (Mato, 1991).

A este proceso de especificación de la lectura según la edad, el sexo o las características sociológicas e ideológicas del público, es preciso añadir la dimensión lingüística con el fomento de las lenguas catalana, vasca y gallega: en 1910, la «Biblioteca Popular de L’Avenç» –su precio es de 50 céntimos– ya alcanza el número 112; la «Biblioteca Catalana» (1919) procura reforzar la creación novelística en catalán y con la renovación editorial de los años 1925, con la Librería Catalonia (*Catalònia*, 1974) y Edicions Diana por iniciativa de Josep Pla o La Mirada, el mecenazgo de la Fundació Bernat Metge y la unipersonal Editorial Barcino que edita la colección «El Nostres Clàssics», se ambiciona dar unas bases más sólidas a una cultura específicamente catalana. A pesar de todos estos esfuerzos, el mercado del libro catalán difícilmente sobrepasa los 50.000 según Joan Estelrich, en una serie de artículos publicados en 1927 en *La Veu de Catalunya*, con unos 20.000 lectores para obras de carácter muy popular y un núcleo de 1.500 lectores «àvids de tota mena de publicacions» (Castellanos, 1996).

En Galicia, en los años 20, la Editorial Céltiga de El Ferrol y su colección «Novela Mensual Ilustrada» (1922), Nós o la colección «Pombal» de Edicions Castrelos (con codificación de colores por series como después la colección Austral) intentan dar bases librescas a una cultura de expresión gallega, con claros vínculos con la diáspora.

La aparición de unos nuevos productos, públicos y prácticas, no ha de hacer olvidar que en los años 1930, la forma ya casi centenaria de la novela por entregas sigue más o menos boyante : en Madrid la veterana Editorial Castro parece pasarse, iniciada la

década de los treinta a la literatura de los novelistas sociales e incluso a la apología sin medida de la Unión soviética (Santonja, 1986), pero, desde su «Palacio de la novela» de Carabanchel Bajo, sigue proponiendo 8 páginas de lectura por 15 céntimos, por ejemplo, con la novela de F. Alburquerque *Perdida en la vida*, lo cual dará por resultado tres tomos in 4.º de 1.723, 1.789 y 1.737 páginas, respectivamente. Lo mismo hace Miguel Albero con «La Novela Albero» (a partir de 1934 publica, por ejemplo, las 3.807 páginas de *Los héroes del pueblo*, de Adolfo de Madrid) o, en Barcelona, la Casa Editorial Vecchi, mientras Hernando sigue imprimiendo romances e historias de cordel y pliegos de aleluyas del fondo Marés-Minuesa (Botrel, 1993, 428) hasta vísperas de la Guerra Civil y se siguen vendiendo los tradicionales y útiles almanaques y calendarios, algunos de ellos puestos al gusto del día para usos y, a veces, acompañados por algún texto «literario» (Botrel, 2003a; Vélez, 1997).

La difusión de los libros: políticas y realidades

Después de las enérgicas y decisivas iniciativas de los primeros años del siglo, los profesionales del libro y, en menor medida, los autores, siguen, con más o menos éxito, preocupándose por la organización y mejora del sector: en 1911 se crea una Escuela Nacional de Artes Gráficas que tendrá un promedio de 160 alumnos por año entre 1915 y 1925, en 1913 se funda la Federación española de las Artes del Libro sustituida en 1917 por una Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro. En 1922 se crean las Cámaras Oficiales del Libro (Martínez, Sánchez, 2001).

No obstante, menos en alguna prohibición de libros (Freixes, Garriga, 2007), la política del Estado tarda en manifestarse concretamente: en la Biblioteca Nacional, bajo la controvertida dirección de un Menéndez Pelayo muy a menudo ausente y desatendido en 1912 en su propuesta de que fuera nombrado Menéndez Pidal como sucesor, faltan catálogos a disposición de los usuarios y se encuentra Ortega y Gasset, en 1908, con «un caudal estéril y escondido», «inservible». Con Rodríguez Marín, hasta 1930 no evolucionará fundamentalmente la idea según la cual el bibliotecario ha de ser regulador de la producción y filtro entre el torrente de libros y el lector, de modo que la Biblioteca Nacional seguirá haciendo las veces de gabinete de lectura.

En Madrid, la primera biblioteca popular de España se inaugura en el barrio obrero de Cuatro Caminos y, en 1918, ya funcionan 17 bibliotecas que, según las estadísticas, distribuyen 375.807 obras a 371.631 lectores –425.000 en 1919, 404.000 en 1921– (Fernández Cifuentes, 1982, 123), pero no parece ser que las recomendaciones de Antonio Paz y Meliá, en 1910, sobre

creación de «bibliotecas públicas libres» o de bibliotecas infantiles hayan tenido mucha efectividad. No obstante, la Dirección de Instrucción Pública y Bellas Artes del Ministerio de Instrucción pública edita para sus «bibliotecas permanentes» un muy ecléctico *Catálogo de una pequeña biblioteca de cultura general para niños y maestros de las Escuelas Nacionales* (21 páginas).

En Cataluña, con vistas claramente identitarias pero también pedagógicas, se transforma en 1914, en tiempos de la Mancomunitat, la biblioteca del Institut d'Estudis Catalans en una Biblioteca de Catalunya de corte europeo (un año después, se crea la Escuela Superior de Bibliotecarios) y, a partir de un proyecto de Eugenio d'Ors, se abren, en 1915, varias bibliotecas populares como las de Olot o Valls, con un personal fundamentalmente femenino. En 1934, ya son 18 las bibliotecas populares de la Generalitat, con incluso un sistema de préstamo de libros a disposición de paseantes en el Paseo de San Juan en Barcelona (Comas i Güell, 2001). Por supuesto, siguen funcionando los ateneos organizadores de una sociabilidad burguesa pero también obrera, que permiten, mediante cuotas más o menos elevadas, el acceso a unas bibliotecas cuyos fondos pudieron alcanzar 50.000 volúmenes en el caso del Ateneu de Barcelona en 1921, por ejemplo (Casassas, 1986).

El Real decreto de 26 de febrero de 1926 dispone la celebración en octubre de una fiesta o Día del Libro (trasferida al 24 de abril –aniversario de la muerte de Cervantes– en 1930). La primera Feria del Libro se organiza en 1932 y se repite en abril 1933 (Ainaud, 1976), con una función divulgadora del libro mirado más bien como instrumento de trabajo. En 1935, destaca *El Sol* los 60.000 volúmenes y más, vendidos en 8 días con motivo de la Feria del Libro y afirma que «el mercado interior crece día a día, y con un ritmo más fuerte del que se pensaba» refiriéndose a una «masa de lectores de las clases más bajas que en su despertar van acudiendo al mercado de los libros técnicos, ansiosos de obtener una cultura» (Desvois, 1986). Ya en 1928, se había destacado «el deseo de instruirse de las clases modestas».

Se editan, por la Agrupación de Editores Españoles, para la propaganda y difusión del libro en castellano, unos carteles alusivos a la lectura como el de Aníbal Tejada para la Feria del Libro de 1936 y se promueve la expansión del libro en Latinoamérica como vehículo de la cultura europea y medio de intercambios (Cendán Pazos, 1989).

El libro infantil también se beneficia de una específica atención con iniciativas de la Editorial Juventud (cuyo primer libro infantil se publica en 1925, anunciador de 5.000 ediciones hasta 1975), de Gallach, quien organiza un concurso en 1928, así como exposiciones entre 1928 y 1931; en 1935 se celebra la Primera Exposición del Libro Infantil.

Por aquellas fechas, en periodo ya de libertad (restablecida en 1930 aunque la Ley de Defensa de la República de 21 de octubre de 1931 y la Ley de Orden Público de 1933 llegan a restringirla), el libro se contempla como instrumento de redención, con una generosa voluntad de fomentar la lectura y la producción, perceptible en las políticas puestas por obra donde se prolongan e intensifican las iniciativas tomadas en los años 1920 (Martínez Martín, 2000).

La más espectacular, es, sin duda alguna, durante el primer bienio, la política bibliotecaria de la República con la creación de una red de bibliotecas (Martínez Rus, 2003b, 2004): más que los quince mil duros de subvenciones a bibliotecas públicas en 1930, la afirmación de que, más que de escuelas, España «de lo que carece casi en absoluto es de bibliotecas», pudo ser de mayor alcance para la misión pedagógica de divulgación y extensión del libro. Concebidas como instrumentos democratizadores de la cultura, se les asigna el cometido de «acercar la ciudad al campo con objeto de alegrar, humanizar y civilizar» su vida (Fernández de Avilés, 1991). En 1933 son ya casi 3.500 las bibliotecas creadas en la Escuelas primarias (*Vicens*, 2000). A dichas bibliotecas hay que añadir las «públicas» creadas para fomentar la «lectura para todos» por las Misiones Pedagógicas –más de 310 entre agosto de 1931 y abril de 1932– con lotes de 100 volúmenes, por las que han pasado según Memoria de 1934 más

de medio millón de lectores (Otero, 2007). En Valencia, María Moliner, de muy novedosa visión bibliotecaria y eficaces realizaciones, se maravilla del «número de lectores insospechable dado lo pobre de sus elementos (400 volúmenes)» que acuden a la de Valencia (García Ejarque, 2000, 192). En 1935, se crea el Instituto del Libro Español y otras instituciones estrechamente ligadas a la expansión bibliotecaria. Con esta política llena de entusiasmo y de logros –la Feria (permanente) del Libro en el Paseo de Recoletos y luego en la Cuesta Moyano también se establece por aquellas fechas–, lo cierto es que el libro, a pesar de las resistencias, logra alcanzar durante aquellos años un protagonismo sin precedentes (Martínez Rus, 2003a, 2007a).

Otra visión ofrecía en 1926, en un artículo publicado antes en *Mundo gráfico*, Antonio Zozaya al dar cuenta, sin mucho rigor en las estadísticas, de una opinión posiblemente compartida por los escritores de la época: «de los 5 millones de lectores posibles (de los 20 millones de habitantes que cuenta España), 4 no leen absolutamente... Bienvenidas sean esas películas que obligan alguna vez a deletrear a gentes... Si la tirada de todos los periódicos españoles no pasa de un millón de ejemplares, son sólo doscientos mil los compatriotas capaces de leer un artículo».

Lo cierto es que en 1933-34, la producción editorial alcanza ya más de 3.800 títulos venales, con muchas traducciones (más de la tercera parte) y 347 ó 329 novelas según Barrère (1983) y la emergencia de una producción para los jóvenes. Según el *Nomenclator del comercio, la industria y las artes del libro de la Cámara oficial del libro de Madrid* de 1930, están trabajando en el sector del libro unas 3.500 entidades: 111 editores en Barcelona, 102 en Madrid (donde, al lado de las más comprometidas, la Editorial Estampa propone títulos de Insúa y López de Haro por 25 céntimos), 53 en el resto de España –7 en Bilbao, 3 en Valencia–, y menos de 1.000 librerías de nuevo. A principios de los años 30, el número de alfabetizados (12,5 millones) ya hace más que duplicar al de analfabetos (5,8). En Barcelona ciudad la tasa de analfabetismo ya no rebasa el 15 por

100 (18 por 100 en la provincia; 29 por 100 en Tarragona) cuando la media nacional es de un 32 por 100.

En los años 1930, el mercado español del libro incluye estructuralmente al mercado hispanoamericano (Martínez Rus, 2001): ya a principios del siglo, un editor como Sempere exportaba más de la mitad de los ejemplares impresos a Hispanoamérica, lo mismo hace la *Revista de Occidente* y se sabe de encargos hechos desde Hispanoamérica a editores españoles cuya producción entra lógicamente en la categoría de las exportaciones.

A nivel nacional, en la red de librerías (una por cada 15.300 habitantes), con establecimientos de mucho abolengo como la Librería Bosch de Barcelona (Bolívar, 1999) y alguna muy aparatosa como la Casa del Libro de la Gran Vía madrileña terminada de construir en 1922, y numerosos kioscos que difícilmente sirven a la España rural, no se dan mayoritariamente nuevas prácticas comerciales. No obstante, una casa como Gallach tiene una publicación bibliográfica propia (*Mi Revista*) y se observa que las editoriales acostumbran cada vez más publicar prospectos y anunciar sus libros, incluso con publicidad a plena página en la prensa como CALPE en *El Sol*, con regalo de libros a los suscritores. Manuel Aguilar, «formidable vendedor», idea la venta directa al público mediante visitadores y por correo: se volverán famosas sus «Obras eternas» impresas en papel biblia en extensos volúmenes encuadernados en piel. Un librero como León Sánchez Cuesta (1892-1978) instala en su librería (en 1924), para dedicarse, fundamentalmente a la exportación e importación de libros, preferentemente para particulares, un verdadero centro de difusión de la cultura foránea y del libro español en el extranjero (Martínez Rus, 2005a). En 1927, instala una Librería Española en París. Será el librero de la generación del 27 y, en 1947, volverá a España para quedarse con la Librería de la Revista de Occidente (Valverde, 1998; Martínez Rus, 2007b). Durante el verano de 1926, en las calles de Madrid, ya aparecieron insólitos camiones que transportan Bibliotecas circulantes –iniciativa privada que alcanzó una inmediata y breve

popularidad, según Fernández Cifuentes (1982, 173). Ruiz-Castillo Basala (1972, 283-4), por su parte, se refiere a una iniciativa más tardía de la Agrupación de Editores que pone en circulación unos camiones-stand cargados de libros. De su actividad de propaganda y difusión del libro, algún dato parcial queda: así, por ejemplo, en San Lorenzo de El Escorial venden 499 libros el 19 de septiembre de 1934, 3.661 en la provincia de Málaga (con 24 paradas en febrero-marzo de 1934) y 2.630 en la de Badajoz (en quince paradas en octubre de 1934), llegando hasta pueblos apartados y minúsculos donde intentan encontrar alguna persona «amante del libro» para seguir asumiendo la representación de los editores (Santonja, 1989, 27-31). En 1930, en Valencia, la Librería de Lance de Plácido Cervera tiene una Biblioteca de lectura a domicilio donde ofrece más de 17.000 títulos con los principales autores contemporáneos (Baroja, Valle-Inclán, pero también Galdós, Carrere o Mata, Zola, Paul de Kock –unos 100 títulos–), *La Novela Rosa* o «Novelas cinematográficas», *El Teatro*, *La Farsa*, Obras del Coronel Ignotus, Revistas, etc. Los grandes libreros anticuarios son entonces Pedro Vindel *alias* Paul Cid Noë, Gabriel Molina, Antonio Palau, quien publica el último tomo de su *Manual del librero hispanoamericano* en 1927 y sus *Memorias...* en 1935, al lado de los Ontañón, Roque Pidal quien, desde su Librería Vetusta, coopera activamente en la reconstrucción de la biblioteca de la Universidad de Oviedo después de su destrucción en octubre de 1934 (Pérez de Castro, Rodríguez Álvarez, 1999), mientras se están formando Luis Bardón o Julián Barbazán, futuro autor de unos *Recuerdos...* (1970). Dispersan las bibliotecas del arzobispo Aldecoa, de J. Rossell o E. Cotarelo y mantienen relaciones con veteranos y futuros bibliófilos como A. Rodríguez Moñino. Por aquellas fechas, hace tiempo ya que el librero-editor Francisco Beltrán empezó su colección de libros sobre libros, llegando a reunir más de 4.000 obras (las dos terceras partes de ellas españolas o hispanoamericanas) en su *Biblioteca bio-bibliográfica* publicada en 1945. En 1928, síntoma de que España ya se inscribía claramente y con madurez en el espacio europeo

de la edición se había publicado en Barcelona, por la editorial Juventud, la traducción anotada por José Zedraera del libro de 1926 de Stanley Unwin, *La verdad sobre el negocio editorial*.

¿Fue «la sociedad que trajo la República del 14 de abril [...] una sociedad libresca» como afirma Escolano (1982)? Lo cierto es que, durante la Guerra Civil, el libro va a ser un motivo y un lugar de enfrentamiento, para caer en 1939 bajo una duradera tutela.

Las guerras del libro

En la España de la Guerra Civil, dos concepciones de la cultura y del mundo se van a hallar enfrentadas en los campos de batalla (Tuñón, 1986; Martínez Martín, 2001b), hasta en las canciones (Díaz, 2007), con un claro protagonismo de la propaganda (Pérez Bowie, 2002).

En la zona republicana donde se celebra, con amplia resonancia, el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (4-11 de julio de 1937), el cartel de Bardásano que representa a un miliciano leyendo sentado sobre un montón de libros con un entorno de estrellas (Tuñón, 1986) es emblemático de un fervor culturalista, interpretado con fines didácticos o propagandísticos, que se traduce en la instauración de bibliotecas en las trincheras y en los hospitales por la sección de Bibliotecas de Cultura Popular o el Servei de Biblioteques del Front y una actividad editorial fomentada desde el gobierno y las distintas entidades implicadas en la defensa de la República. Con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública se crea la editorial Nuestro Pueblo, vinculada con el PCE –que tenía su propia editorial (Europa-América), lo mismo que los anarquistas o el POUM– y dirigida por Rafael Jiménez Siles, de cuyas prensas salen abundantes ediciones de Galdós, Machado, Valle-Inclán, Lorca, Miguel Hernández y también manuales (en la «Biblioteca Popular de Cultura y Técnica»). Algunas editoriales madrileñas o barcelonesas, a veces intervenidas como Hernando, siguen publicando con ritmo obviamente reducido (Martínez Rus, 2007c): 40 títulos en total en Espasa-Calpe, un poco más en Juventud y Labor en Barcelona. Recordemos que la primera edición de la *Historia de la literatura española* de Ángel

Valbuena Prat se publica en Gustavo Gili durante la guerra, lo mismo que la *Geografía de España* de Leonardo Martín Echevarría editada por Labor... En Cataluña las ediciones en lengua catalana alcanzan la tercera parte del volumen total de libros publicados: por sí sola «La Rosa dels Vents» dirigida por José Janés llega casi al centenar de títulos. Así y todo, no fueron muy numerosos los libros impresos en la zona republicana – Escolar (1987) calcula que unos 2.400, más bien folletos o pequeños libros, aun cuando no faltan novelas seriadas, efímeras como *Los Hombres del Pueblo* (1937) o *La Novela del Miliciano*, y más duraderas como *Semana Literaria Popular* (Valencia, junio 1937-diciembre 1938) mientras sigue publicándose hasta 1938 *La Novela Ideal* (con la mensual *Novela Libre*) (Corderot, 1999), o cómics y aleluyas de circunstancias o didácticas, sobre todo por la Generalitat (Salaün, 1985). La organización Altavoz del Frente podrá seguir recurriendo a la tradicional oralización de los romances de ciegos. Al margen de la abundante producción poética presente en la prensa militante por toda España con claro protagonismo de editoriales militares o anarquistas, se publican el *Romancero general de la guerra de España* editado por las Ediciones Españolas en 1937, la *Colección de canciones de lucha* impresa en Valencia en febrero de 1939, el *Cancionero menor para los combatientes (1936-1938)* hecho por Manuel Altolaguirre, «con impresión en campaña con papel fabricado exprofeso por soldados de la República para las ediciones literarias del Comisariado del Ejército del Este» o *Galicia mártir* de Castelao (Salaün, 1985).

En la zona franquista, el miedo a los posibles efectos deletéreos de la producción impresa contrasta con la concepción que tenían los republicanos del libro como instrumento de cultura y de liberación de las clases populares (Escolar, 1989, 296-7). De ahí que, además de los efectos de la censura previa a cargo de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda desde el 28 de julio de 1936, muchas intenciones –incluso las mejores como las de Sainz Rodríguez sobre «el hábito de utilizar las bibliotecas y de estudiar e ilustrarse por sí solo» (Escolar, 1989, 296)–

quedaran sin plasmar. Desde las bibliotecas, muchas de ellas depuradas, se pone por obra una doctrina de «saneamiento de la cultura» por la lectura «dirigida», procurando sustituir al libro que ordinariamente se lee por el que «se debe leer» (Alted, 1984), para una legitimación del *nuevo régimen*. En 1937, se crea la Editora Nacional para «difundir la verdad de nuestra guerra y la doctrina de nuestro Movimiento», según Laín Entralgo, su director literario en 1942, como instrumento de propaganda falangista y franquista con, por ejemplo, los «Breviarios del pensamiento español» (66 títulos de 1939 a 1951, de Séneca a José Antonio Primo de Rivera), o después los «Breviarios de la vida española» (44 títulos de 1943 a 1951), para revelar el «genio de España» y «hacer españoles que sientan la historia y no formar hombres que conozcan plenamente la historia». Estas colecciones cuentan con la participación de G. Torrente Ballester, Luis Rosales, J. de Entrambasaguas y de más críticos literarios y periodistas (Da Silva, 1996), quienes también prestan su colaboración a Ediciones Jerarquía, Ediciones Fe y Ediciones Libertad. La Editorial Católica, como todas las empresas editoriales privadas, se «resigna» al acatamiento de la política de normas y consignas del Estado y a «la probada sumisión a unos principios ideológicos», mientras el Ministerio de Educación Nacional patrocina la edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo, una *Historia de la Revolución Nacional* y el relanzamiento de la nueva Biblioteca de Autores Españoles (Alted, 1984, 66-68). En la página cuarta de cubierta de *Pilonguita*, tomo II de la «Colección Krista-Lino de Cuentos para niños», publicados en Vitoria en el año 1938, «III Triunfal», se hermanan una publicidad para los Chocolates Ezquerro y un Saludo a Franco (¡Arriba España! ¡Viva España!). *Letras*, «Revista literaria popular» publicada en Zaragoza, pretende, en 1937, batir «récords de baratura, de calidad literaria y de organización administrativa» pero también «sustituir aquella literatura pornográfica, de ideas disolventes, de sentido antiespañol por otra literatura precisamente de las características contrarias» (n.º 22 de mayo de 1939) (Corderot, 1999), con textos

que «siempre deleiten, que a veces instruyan y que nunca escandalicen». Dicha preocupación se percibe también en la producción literaria clásica, coyuntural y de evasión como las novelas rosas o las novelas seriadas *Los Novelistas* o en *La Novela Semanal* publicada a partir de enero de 1939 (33 títulos) que tendrá una segunda época (Corderot, 2007). En estas empresas de propaganda o contrapropaganda –con un Servicio de lecturas para el soldado–, tampoco faltan cancioneros: 203 colecciones, voluminosas a veces, de poesía militante, «periodismo rimado» a menudo, «discurso y arte de autoridad, metonimia de una estética imperial», según S. Salaün (1996, 83), con forma casi siempre esmerada y de abundantes tiradas (25.000 ejemplares para *Poemas de la Falange eterna* de F. de Urrutia, por ejemplo), con una red de instituciones y entidades editoriales más tupida de lo que se suele creer que, entre 1936 y 1939, llegan a producir, según Escolar (1987), unos 1.250 títulos.

El libro bajo tutela

Con el triunfo del franquismo, prosigue la empezada depuración –de bibliotecas y de bibliotecarios, también– que se traduce por el exilio en América de unos 500 intelectuales, como R. Altamira, R. Alberti, J. Carner, J. Grau, P. Salinas, Manuel Andújar, etc., cuya abundante producción entre 1936 y 1945, no contabilizada en las estadísticas nacionales, llenan 177 páginas de un catálogo (Amo, Shelby, 1994).

Algunas editoriales se trasladan a los países americanos o abren sucursales «para defender sus créditos», en México (Santonja, 2003) o en Argentina, como Espasa-Calpe (Olarra, 2003), Sopena o la Editorial Losada (de Gonzalo Losada, ex empleado de Espasa-Calpe en Argentina) que publica en Buenos Aires los principales autores ya clásicos fuera de España como Alberti, Grau, etc. La Editorial Sudamericana, del exiliado Antonio López Llausas, publica *Cántico* de J. Guillén en 1950 (Lago, Gómez, 2006). España, que aún consigue exportar libros, con la penuria coyuntural de papel y el estado miserable de la imprenta, se convierte durante casi diez años, en importadora de libros editados en América de calidad material superior y no sometidos a la censura.

En Francia, es preciso destacar, más tarde, la «quijotesca empresa» según palabras de Juan Goytisolo, de José Martínez que consistió, con Ruedo Ibérico, «al otro lado de la ideología dominante» en intentar, con *Cuadernos de Ruedo ibérico* (1961) y otras publicaciones puntuales (Forment, 2000; Sarría Buil, 2001, 2002) colmar el vacío cultural ocasionado por 25 años de censura, de abocar al lector español sometido a una dieta de pan y agua a la cruda realidad que vivía, de ponerlo en contacto con la otra

cara de su más reciente historia incluso a través de la literatura (*Unión Libre*, 1996). Otras editoriales como Ediciones Sociales o Éditions de la Librairie du Globe publicarán también obras en castellano, como *Los vencidos* de A. Ferres en 1965 en la Colección Ebro. En París abre su Librería Española Antonio Soriano (Martínez Rus, 2003-4).

En «la España de Franco» (Gracia, Carnicer, 2001), la política del libro que el editor Gustavo Gili intenta bosquejar insistiendo sobre la necesidad de abaratarlo (Gili, 1944), se caracteriza por una acción «tutelar» del Estado. De ella son ilustración la creación en 1939 del Instituto Nacional del Libro Español (INLE) encargado de controlar e impulsar una política del libro, la distribución regulada de las 100.000 toneladas de papel por año hasta 1953, la política del Servicio Nacional de la Lectura, con incluso un Patronato de Lecturas para el Marino del que es secretario en 1945 Javier Lasso de la Vega (Martínez Montalvo, 2000) –en 1951 en el Ministerio de Ruiz Jiménez, el director general de Archivos y Bibliotecas será un comandante de artillería–, la publicación por el Instituto Bibliográfico Hispánico de *Bibliografía española*, la promulgación en 1946 de una ley de protección al libro más favorable a las exportaciones, la existencia de bibliobuses en Madrid a partir de 1953, o, más tardíamente (en 1971), la creación de tres escuelas de librería, pero sobre todo con la omnímoda censura (Abellán, 1980 ; Gallofré, Molas, 1991; Andrés, 1999; Cisquella, Erviti, Sorolla, 2002) y el control ejercido por los «señores del libro» (Ruiz Bautista, 2005) sobre la producción, incluso la de clásicos como Alas o Galdós (Servén, 2002) o de autores como Wells (Lázaro, 2004), con todas sus consecuencias editoriales (Delibes, Vergés, 2002). También se controlan las lecturas, con la cooperación de las instituciones religiosas aptas para definir para cada sujeto lo que «debe leer», pero no para animarle a leer.

Prolongando y renovando el discurso de la Iglesia católica (a través de Ladrón de Guevara o de Garmendía de Otaola) sobre buenas y malas lecturas pero también el de unos bibliotecarios como Soldevila, Borrás o A. Díaz-Plaja entre 1930 y 1938

(Viñao, 1994), las preocupaciones ideológicas se traslucen en unos discursos impregnados de cierta «cientificidad», como el de María Lázaro Spina en su *Selección de libros (Juicios sobre 800 obras de actualidad)* (Valencia, 1944) donde pretende «aconsejar al lector en la selección de sus lecturas» calificándolas «para muchachas», «para los pequeños», «para lectura familiar», etc.

Materialmente, el libro se caracteriza por su papel sin satinar, grisáceo y basto y la literatura publicada, a pesar de la aparición de unos nuevos autores, queda hartamente aseptizada al borrarse de ella el pasado reciente y la actualidad. En la producción de los 470 editores censados en 1944 (de ellos unos 100 de obras propias), y de los 223 de 1953, con 27.000 títulos disponibles, se observa la hegemonía del castellano con la consiguiente represión de la producción en otros idiomas, sobre todo en catalán: la producción en lengua catalana entre 1939 y 1961 será en total de 800 títulos (la mayor parte de ellos «de poesía o de religión») o sea formalmente la producción del año 1936 (Gallofré, Molas, 1991), más de la mitad debida a la Editorial Selecta. En el País Vasco se necesitarán 20 años para recuperar el nivel de producción en euskera anterior a la Guerra Civil (Olarán, 1996). Pero se fomentan algunas ediciones locales como la «Biblioteca de Escritores Leridenses» en 1947, con la colaboración a veces de centros de investigación adscritos al Instituto Nicolás Antonio del CSIC como el Instituto de Estudios Asturianos (Uría, 1996).

Con productos editoriales de talante y modelo similares a los de preguerra, pero con una reducción de la nómina de escritores, continúan las series populares de novelas como *Novelas y Cuentos* (1929-1966, 1.942 títulos), *La Novela Actual*, *La Novela Selecta*, *La Novela Corta* de Ángeles Villarta (Mogin, 2000) o, a partir de 1953, *La Novela del Sábado* (100 títulos) donde se aspira a «remozar las viejas y gloriosas tradiciones de la novela corta española» con viejos y nuevos autores (Sánchez Álvarez, 1996, 28). *Lecturas* pasa a ser en los años 40-50, una publicación dedicada a la novela y al cuento cortos españoles (Sánchez Álvarez, 1996, 29).

Para el ocio de una población deseosa de recrearse o evadirse a través de la literatura, están las colecciones como la «Biblioteca Oro» de E. Molino –también las hay «Amarilla» (policíaca), «Roja» (folletín, capa y espada) y «Azul» (aventuras)–, a las que vienen a sumarse las del Oeste, con muy populares autores como Marcial Lafuente Estefanía quien, desde 1942 hasta su muerte en 1984, publicará más de 2.600 novelas.

Pero también aparecen nuevas orientaciones y preferencias como las manifestadas por los casi 5.000 títulos de *pulp fiction* o novela criminal de autores españoles (a pesar de muchos seudónimos de corte anglosajón) entre 1939 y 1975, que se pueden multiplicar por 6 si se tienen en cuenta los autores extranjeros (Santiago Mulas, 1997). En ellos entran los más de mil títulos publicados en «Servicio secreto» de Bruguera o «FBI» de Rollán, colecciones aparecidas en los años 1950, ambas con formato octavilla (en vez del anterior formato cuartilla a dos columnas con dibujos) o los de novela enigma de la «Serie Wallace» de Cisne, con más páginas –128– y... la novela enigma o negra («Colección Misterio» de Ediciones Cliper), a relacionar con la recepción del cine norteamericano y del cine negro español. España ya cuenta con más de 3.500 salas de proyección en 1948, estrena entre 600 y 700 películas al año hacia 1950 y, hacia 1960, dispone de 5 millones de localidades, sustituyendo ya al teatro en las prácticas culturales espectaculares: de 1943 a 1955 el número de obras teatrales (y líricas) «dictaminadas» ya habían pasado de 839 a 37, aun cuando la «Colección Teatro», publicada por Ediciones Alfil a partir de 1951, anda por el número 400 en 1964. No hay que olvidar por otra parte que muchos españoles encontraron un pasto literario de hecho en la lectura de los sucesos del semanal *El Caso*, por ejemplo (Franco, 1995, 2004), en tiempos en que, en Madrid o en Murcia (González Castaño, 2004), todavía se publican pliegos de cordel. En los años sesenta al lado de «La Novela Negra» de la Editorial Tesoro, se multiplican las novelas rosas que desbancan ya a las llamadas «blancas»: *La Novela Rosa* cuyo principio es de 1924 y se vende por 1,50 peseta cuando la «Colección Hogar» cuesta 4 ó 5, la

«Biblioteca Rocío» de Ediciones Betis de Sevilla, la «Colección Violeta» en Barcelona, «Femenina» en Vigo, etc. En su larga carrera Corín Tellado –tal vez la más famosa de las escritoras especializadas en este campo (Amorós, 1968)– habrá llegado a escribir más de 5.000 novelas.

En el campo del libro escolar, con poca concentración editorial aún, se observa una lenta salida del arcaísmo con la progresiva sustitución de los libros de lectura extensiva como *Nueva Raza*, *Glorias imperiales*, etc. o la *Historia de España contada con sencillez* por José María Pemán de 1938 preferidos para «la indoctrinación ideológica de la infancia» (Escolano, 1998), o las antiguas enciclopedias, instrumentos de encuadramiento autoritario de la población, por libros de texto especializados en una disciplina o en un campo del saber. Viene acompañada por una modernización de los textos y de la iconografía, del libro en su ser material. Pero el boom de la edición escolar no logra aún erradicar, por ejemplo, el neoarcaísmo de la Enciclopedia Álvarez con más de 30 millones de ejemplares vendidos entre 1953 y 1965 (Escolano, 1998).

En cuanto al libro para niños o juvenil, obedece fundamentalmente a la preocupación por construir y moldear a los futuros españoles situándose «entre adoctrinamiento político e ideales virtuosos» (García Padrino, 1992): tras la «Biblioteca Infantil» dedicada a la «Reconquista de España» por las Ediciones España (1939-1943 con 31 «entregas» (16,5 x 12 cm.), y un sistema de explicación autoritario a cargo de El Tebib Arrumi (Botrel, 1996b), se publican, por ejemplo, las «Biografías Amenas de Grandes Figuras» de las Ediciones Boris Bureba después de 1952, y otra vez se plantea la cuestión: ¿Qué han de leer los niños?

Durante el primofranquismo, continúan, adaptándose a la nueva situación, algunas editoriales como Salvat, Gili, Seix y Barral, Sopena, la Editorial Revista de Occidente (unos 15 títulos por año entre 1940 y 1950) o Razón y Fe que, asociada con El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús, sigue publicando las obras del Padre Coloma, pero también aparecen entre 1940 y

1944 unas 20 editoriales nuevas como España, Castilla, Ibérica, Cid, Ebro (con una bonita «Biblioteca Clásica» encuadernada en cartulina con impresión a dos tintas y dirigida por José Manuel Blecua), Cíes, Publicaciones Españolas, editora hacia 1956 de «El Libro para Todos» por 15 pesetas (como la *Oración apologética* de Forner), y luego Gredos, pero también la Sociedad de Estudios y Ediciones, editora de obras de Carande, Artola, Tamames, Zubiri o Marías, Herder (1943), Rialp (1948), la Biblioteca de Autores Cristianos, con 500 volúmenes publicados a finales de 1978 (Hermann, 1979), o la Librería Bastinos de Barcelona, centenaria en 1952, etc., que con sus emblemáticas razones sociales o su producción vienen a manifestar su mayor o menor adhesión a los objetivos del nuevo régimen.

Sin embargo, Destino (1942), en su colección «Áncora y Delfín» va a publicar a Laforet, Cela, Delibes, L. Romero y José Janés Editor (Hurley, 1986, 1996) propone en su colección «El Manantial que no cesa» unos pequeños y bonitos volúmenes encuadernados en tela (Satué, 1998), con 150 títulos publicados en 1951. En 1944, compra José Manuel Lara la Editorial Tartessos por 200.000 pesetas, convirtiéndola en 1949 en Planeta cuyo famoso premio se instaura en 1952. La revista *Ínsula* inicia en 1946 su infatigable e iluminadora labor, y en 1950 –con cubierta de 1952–, Edinter publica una selección de poesías de Nicolás Guillén (que algún lector de entonces compró en la librería 5.005, calle de Segovia, 6, en Madrid) con un prólogo de José Luis Varela quien solo alude de pasada a «cierta mística política (que) le ha arrastrado a sus filas». En 1969, empezará Castalia a publicar sus preciosos «Clásicos» y, en los años 70, Labor (Labor, 1965) ofrece su austera pero muy rigurosa colección de «Textos Hispánicos Modernos».

En las editoriales creadas (Moret, 2002), se observa una creciente especialización (libros infantiles, de técnica, de arte, escolar, religioso). Otra vez se observa una preocupación por dar al libro una dignidad estética, perceptible en las encuadernaciones en tela azul de «Áncora y Delfín», o en las más burdas de Editorial Bullón, con sus torres en el lomo y en las

contraportadas, o en los libros de prestigio como los de la «Colección Crisol» o de las «Obras Completas» lanzadas en los años 40 por Aguilar. Hasta se convierte el libro en soporte publicitario de La Lechera, como en las Ediciones Cid para *La Renuncia* de Antonio Losada, y la Caja de Ahorros de Guipúzcoa llega a ofrecer un libro para cada impositor...

No obstante, la más impactante renovación editorial se da tal vez entre 1955 y 1960, con el surgimiento, en Barcelona, de la Biblioteca Breve Seix Barral y la BBB (Biblioteca Breve de Bolsillo) que revitalizó el envejecido catálogo escolar de Seix Barral con un prurito europeísta, y, en Madrid, de la Editorial Taurus que en 1956 crea su colección «Ensayistas de Hoy» y en 1957 su colección «Persiles» donde, como observa Mainer (1998), «se siente aún la inercia del proyecto nacional-liberal interrumpido». El mismo año comienza su trabajo la editorial Guadarrama donde se combina un europeísmo liberal con un tono neohumanista, con la presencia en las tres de autores exiliados. Vendrán después los 26 títulos (ensayos y estudios literarios e históricos sobre todo) de la colección dirigida por G. de Torre, de simbólico título: «El Puente» (1963-1968), publicada por la editorial hispanoargentina EDHASA que pretende agrupar bajo sus arcos a escritores españoles de las dos orillas (Mainer, 1998). Desde Palma de Mallorca, Cela se empeña en publicar un *Don Quijote* con prólogo de Américo Castro (Sotelo, 2005).

El libro de «amplia difusión», ya está omnipresente en los kioscos (Martínez de la Hidalga, 2000): en 1958 Bruguera –unas de las principales exportadoras a Hispanoamérica– edita ya más de 14 colecciones de bolsilibros («Rosaura», «Amapola», «Madreperla», «Servicio Secreto», «Bisonte», etc.), «con calificación de nuestro asesor moral», precisa. El fenómeno del libro de kiosco no dejará de amplificarse con las novelas de *El coyote* de J. Mallorquí o los libros de Plaza Ediciones (creada en 1957), vendidos por 25 pesetas en 1963.

El fenómeno se da en una coyuntura de creciente presencia y competencia de otros medios: la «hipnosis radioeléctrica» (Vázquez Montalbán, 1970) provocada por los seriales emitidos

por radio, como *Un arrabal para el cielo* de G. Sautier Casaseca y L. Alberca, del que se hacen eco impreso la *Novela Radiofónica* o los fascículos de Ediciones Cid, y la televisión que dará lugar a la simbólica iniciativa del «Libro RTVE».

El auge de la edición española

La revolución tecnológica, económica y cultural del libro (de bolsillo) que se produce hacia 1965 permite una relativa adaptación al nuevo mercado. «El Libro de Bolsillo» de Alianza Editorial, multidisciplinar y de precio bajo, con cubiertas originales de Daniel Gil quien a finales del siglo XX tenía más de 3.000 en su haber, inicia su carrera en 1966 y dicen que desde aquel entonces hasta 1996 tiene publicados 75 millones de volúmenes para un total de 1.800 títulos, de los cuales 1.500 permanecían vivos y 600 se reeditaban con «regularidad casi matemática», en los años 1990 (Azanco, 1997). Otras editoriales como Edicions 62, Destino, Península, Anagrama (*Anagrama*, 1994), Barral y Laia, con sus «Ediciones de Bolsillo», acompañan el boom editorial que se da entre 1964 y 1969 (Conard, 1968), observable a través del fuerte crecimiento del consumo de papel cultural (más de 200.000 toneladas a partir de 1963 y más de 300.000 en 1966), del aumento del número de editores (583 en 1960, 754 en 1965, con aproximadamente una cuarta parte de editores de obras propias, 915 en 1971, con una concentración de las tres cuartas partes de ellos en Madrid y Barcelona), del despegue de la prensa semanal más que diaria alentado por la supresión de la censura previa y de la instauración de la «consulta voluntaria» en la nueva ley de imprenta de 1966 portadora de una libertad de expresión acotada. Editoriales como Cuadernos para el Diálogo, Siglo XXI, Anthropos, Ariel, Alfaguara, etc. consiguen, con no poco tesón, dar salida a textos científicos o de pensamiento –llegan a manifestarse editoriales militantes como ZYX con su Biblioteca «Promoción del pueblo»–, preparando un cada vez más próximo futuro. El editor Manuel Aguilar (1972), al

comentar el boom editorial que se da entonces –y no solo en la novela hispanoamericana publicada en España–, recordará, con bastante sensatez, que los editores necesitan que se les deje en paz, que haya libertad y renta per cápita suficiente con una política educativa...

Lo cierto es que entre 1960 y 1971 –la obligatoriedad del ISBN se decreta en 1972–, cuadruplica el número de títulos, pasando el número de títulos publicados de 6.085 según el INLE y 12.038 según el Instituto Nacional de Estadística a 14.778 y 19.770, con un aumento de la tirada media de 5.000 en 1965 a 8.633 en 1970. El aumento del número de títulos es más fuerte para los libros de texto e infantiles y entre un 35 y 40 por 100 de ellos corresponde a la literatura (Cendán Pazos, 1972, 122). El libro se ha vuelto ya objeto de consumo y España, país capitalista pero con riguroso control editorial, es ya el 7.º país del mundo en cuanto a producción de títulos, el primero para la literatura católica y el último para ciencias y técnicas, el 4.º para las traducciones (en 1962, según la UNESCO, solo una traducción de cada 92 se hace a partir del español...), con un porcentaje que oscila entre un 22 y un 33 por 100 entre 1962 y 1977, con un claro predominio de la literatura (54/48 por 100) y de la lengua inglesa (de 40 a 50 por 100, con solo un 26 por 100 para la lengua francesa). Entran en estas estadísticas, por supuesto, las numerosas colecciones de kiosco más baratas y muy aptas para la exportación a Hispanoamérica: para el período 1960-1980, Pilar González de Mendoza (1988) hace el recuento de 1.903 autores de novelas y de 22.210 novelas, el 85 por 100 de ellas novelas de kiosco –donde aparece el consabido cartelito «Se venden novelas»–; «quedan» 3.219 novelas «canónicas», 501 de ellas publicadas «a expensas del autor» por 368 autores y 100 (51 autores) fuera de España: según lo que tenga en cuenta el historiador de la literatura, el número anual medio de novelas pudo variar, pues, de 1.057 a 126 (Botrel, 2000c). Entre 1970 y 1982, la tirada media de los libros «literarios» oscila entre 8.400 y 10.000 ejemplares.

También a partir de 1965 y 1970, con la extensión de la Enseñanza General Básica como «derecho universal» y la desaparición de las prescripciones anteriores, se observa un lento crecimiento del sector de la edición escolar liderado por una nueva generación de empresas creativas (Anaya, Santillana –con un 41 por 100 de las ventas en 1976–, Vicens Vives, Everest, etc., organizadas en la Asociación Nacional de Editores de Libros Escolares (Escolano, 2006). La innovación tecnológica en el diseño y edición de los manuales escolares permite la emergencia de una nueva imagen didáctica con la modernización de lo icónico. Observa Escolano (1998, 134) que «la ilustración se sirve de la fotografía bien combinada con el dibujo de línea y la expresión plástica» y que «la textualidad se presenta como una totalidad globalizada de contenidos y lenguajes». La iconografía leída o descifrada viene a ser un modo de comunicación muy utilizado y la misma tipografía se viste de colores: si entre 1939 y 1957 un 88,15 por 100 de los libros de texto se imprimían en blanco y negro, en 1965-75 el 69 por 100 se imprime en cuatricromía. En la misma época, despegaba la edición infantil (González Sescun, 2003, 2004).

En 1962, Edicions 62 con «sentit de catalanitat» y «voluntat d'universalitat», cuando «bufan aires liberalitzadors» (Edicions, 1987) emprende bajo la dirección literaria de Josep. M. Castellet –con Ediciones Península para las obras en castellano– la realización de un pertinaz y casi militante programa de envergadura de ilustración de la expresión en catalán con obras originales y traducidas, con la incorporación de los grandes autores en casi todos los campos del saber, inclusive la historia (con obras de Pierre Vilar, por ejemplo) y la prensa (*Avui*). A pesar de la censura (44 libros «no autorizados», más 84 publicados «con supresiones» entre 1962 y 1975) y de los atentados, como en 1973 contra la Central del Llibre Català (Edicions, 1979), entre 1964 y 1979 salieron 15 millones de ejemplares venales en catalán y en castellano (en 1975 representa un 15 por 100 de los títulos), con casi 2.000 novedades y 1.400 reediciones de obras de Manuel de Pedrolo, Mercé Rodoreda,

Salvador Espriu, Joan Fuster, Jordi Teixidor, etc. y 26 colecciones vivas en 1986 como «Llibres a l'Abast» (con traducciones adaptadas al principio de los «Que sais-je?») o «La cua de Palla» hasta 1970. «El Cangur», iniciada en 1974, es la primera colección de bolsillo en catalán a la *mesura* de Cataluña. La misma editorial también publicó cómics, *La Gran Enciclopedia catalana* cuya publicación, por fascículos, prefiguradora de más enciclopedias regionales (Botrel, 2002b), se emprende en 1968, con préstamos de la Banca Catalana y tirada de casi 30.000 ejemplares, *Mil llibres en català* con dibujo de Joan Miró y también la «MOLC» («Les Millors Obres de la Literatura Catalana», dirigida por J. Molas; 100 volúmenes). En Cataluña, gran región exportadora de libros en castellano, el libro en catalán después del difícil período 1939-1961, ya supera los 300 títulos a partir de 1962, para llegar a 600 en 1975 (Llanas, 2006b). En Galicia, unas cuantas editoriales como Galaxia (fundada en 1951 en Vigo), prolongan la reivindicación identitaria de oposición a través del libro en castellano o en gallego (Cores, 1972) y, en el País Vasco, la Editorial Icharopena de Zarauz a partir de 1952 y Auspoa de Tolosa a partir de 1961 procuran fomentar el libro en euskera (tres títulos al mes en 1967).

Un gigantesco esfuerzo «aldino» favorecido por los directores literarios de las editoriales permite, según E. Satué (1998), plantear problemas fundamentales de legibilidad y de estética y transformar la sintaxis y los contenidos del libro con nuevas matrices culturales y una «nueva gramática del gusto», ofreciendo otra imagen del libro. Se recordarán las solapas para «Biblioteca Breve» con fotografías encargadas por Carlos Barral a Oriol Maspons para esconder las «parties honteuses de couvertures typographiques épouvantables» (Satué, 1988), sin verdadera continuación ni impacto, por ahora, en la conciencia editorial, excepto en Destino con Erwin Bechtold y unas elegantes sobrecubiertas ya. La progresiva creación de una imagen editorial se puede observar en Alfaguara donde las cubiertas tipográficas «exposent la vérité nue du livre avec la plus grande sophistication possible et en portant le graphisme au-delà de la couverture

«jusqu'à la dernière page» (Satué, 1988) o a través de la presencia progresiva del grafismo, con diseñadores como el propio Enric Satué, predilecto colaborador de los editores Alfonso Comín, Rosa Regàs y Jaime Salinas, o Alberto Corazón. Dicho aggiornamento estético también favorece la producción de libros encuadernados con tapa dura, adquiridos, con fines entre simbólicos y «lectivos», por los clientes de los Clubs del libro –el Círculo de Lectores existía desde 1952–, con su sistema de venta directa a base de agentes o visitantes y mailing (se calcula que en los años 70 cerca de un 35 por 100 de las ventas se hace entonces fuera de las librerías) y la subsiguiente «estética hortera de letras doradas en relieve que muchos ciudadanos creen que dignifican sus bibliotecas» según Ramiro Cristóbal (López, Peñate, 1997, 47). Pero también sirve el libro de lance de las tiendas madrileñas o de los baratillos del Mercat de San Antoni, no solo para los coleccionistas y bibliófilos, sino para lectores incipientes o militantes.

En 1972, en un número extraordinario, *Cuadernos para el diálogo* hace, con R. Martínez Altés, un balance bastante lúcido pero coyunturalmente pesimista de la situación del libro en los últimos años del Franquismo: si el mercado del libro español, a caballo entre dos continentes, resulta enormemente disperso, con los sempiternos problemas de cobros pendientes o tardíos, si de las 4.236 librerías registradas (una para cada 9.000 habitantes cuando en 1913 la relación era de una para 19.000 y algunas de «desafiantes» razones sociales, como Librería Alberti o Machado, o nostálgicas, como La Pluma, solo unas 200 ofrecen más de 20.000 volúmenes como la de Puvill en Barcelona, son en total unos 20.000 puntos de venta efectivos y 451 distribuidores los que acompañan el boom editorial que se ha dado a pesar de la política oficial. Como observa Pedro Altares, el libro ya está incorporado como objeto de consumo: cada día es más fácil comprar un libro «envasado de manera variopinta y multicolor – una portada, vende–», y sin embargo, añade, «cada día es más difícil leer». El hecho es que, al final de la década, España es ya el quinto país productor de títulos y el cuarto exportador mundial.

Entre 1960 y 1980, el consumo de papel editorial ha quedado multiplicado por más de cinco (de 22.581 toneladas a 120.000). El número de títulos (el 80 por 100 de ellos aproximadamente editados en Barcelona y Madrid) pasó de unos 14.000 entre 1965 y 1969 (con solo un 10 por 100 de reediciones y un 15 por 100 de traducciones y 87,7 millones de ejemplares) a 20.000 en los años 1970 y a 32.200 (con solo un 66 por 100 de títulos nuevos, un 25 por 100 de traducciones, pero unos 250,5 millones de ejemplares) en 1980. Trabajan entre 450 y 500 editores pero 300 de ellos publican menos de 15 títulos por año y una tercera parte de la producción total corresponde a cinco gigantes: Salvat, Bruguera, Planeta, Anaya y Santillana. Se calcula que una tercera parte de la producción se consume en Madrid y Barcelona, otra en el resto del país y otra en Suramérica...

El balance de la situación de la lectura en España contrasta con la relativa prosperidad del sector editorial: en 1978, según la *Encuesta de demanda cultural* del Ministerio de Cultura, menos de un 17 por 100 de la población lee un libro por semana con tres lecturas semanales (42 por 100 en Francia); según el Instituto Nacional de Estadística los españoles de más de 14 años compran menos de medio libro al año (con evidentes disparidades según el nivel de instrucción), con prácticas lectoras más desarrolladas entre las mujeres hasta los 24 años y en las grandes ciudades (se lee cuatro veces menos en aldeas de menos de 2.000 habitantes) y las regiones (en 1978, un 75 por 100 de los andaluces no lee nunca o casi nunca y sólo un 52 por 100 de los catalanes). Solo un 2 por 100 de los españoles entra en bibliotecas... En 1978, un 63 por 100 de los españoles confiesa no leer (un 32 por 100 en Francia) y se leen más revistas (ilustradas) que libros, aunque proporcionalmente leen más los 14-24 años. Siete años después, según la *Encuesta de comportamiento cultural de los españoles* de 1985, un 64 por 100 de los Españoles no lee nunca o casi nunca libros y 83 por 100 nunca o casi nunca revistas o periódicos y solo un 80 por 100 posee libros, entre 1 y 25 libros para casi la mitad en 1978, preferentemente novelas (Galán Pérez, 1986, 280), cuando una novela Seix Barral puede comprarse por 250 pesetas.

En Cataluña, no obstante, un 51 por 100 de los encuestados por Line Staff declara leer a menudo y un 40 por 100 tiene entre 76 y 300 libros. En total, las bibliotecas privadas representarían entonces unos 900 millones de libros acumulados, pero no ha cundido todavía la costumbre de tenerlos por parte de la población infantil: casi una cuarta parte de esta no tiene ninguno y un 41 por 100 menos de 10. Según una encuesta del Ministerio de Cultura, a pesar de las bibliotecas «viajeras» y móviles y de los bibliobuses inaugurados, de algunas bibliotecas escolares creadas o de la Biblioteca de Iniciación Cultural, el 92 por 100 de los españoles jamás ha pisado una biblioteca y los 11,7 millones de volúmenes conservados en las 1.435 bibliotecas existentes en 1976 se pueden comparar con los 30,7 de Holanda –en el País Valenciano el ratio es entonces de 0,19 volumen por habitante (Oleza, 1982)– o el de los préstamos (6,3 millones) equipara el de Portugal y muchas bibliotecas quedan convertidas de hecho en salas de trabajo: en 1981, los 6,4 millones de lectores presentes en las 46 bibliotecas públicas de Estado dieron lugar a un total de 9,5 millones de lecturas, sólo una tercera parte de ellas para préstamo (García Ejarque, 2000, 358). Este bajo índice de lectura –que por su índole estadística posiblemente infravalora las prácticas efectivas de lectura y no da cuenta de las representaciones acerca del libro– hace que la demanda interna sea escasa: el libro, para muchos, sigue siendo un producto de lujo o de consumo excepcional, el sistema educativo no consigue crear el hábito lector, y el atrasado mercado institucional –el de las bibliotecas– no participa en el desarrollo de la lectura en tiempos en que, según el Ministerio de Educación, a pesar de una clara mejoría, un 36 por 100 de la población de más de 14 años lo constituyen analfabetos funcionales.

En aquellos años, en las provincias de Valladolid (Díaz, Delfín, Díaz, 1978-9) o de Soria (Díaz Viana, 1987), por ejemplo, todavía se cantan romances de ciegos a partir de pliegos impresos en los años 1910 y antes, guardados, junto con romances tradicionales o «cantables» de zarzuelas, en la mnemoteca del pueblo (Botrel, 2000a).

El libro en la democracia

Con la vuelta de la democracia y de las libertades y la nueva organización del Estado, una nueva legislación (Lanquette, 1999) y una nueva política del libro tienen por consecuencia la supresión rápida del control ejercido sobre la edición: desaparece la censura y, en 1985, deja de existir el Instituto Nacional del Libro Español.

La actividad institucional de edición o publicación, ya observable en algún Ministerio (en el Ministerio de Trabajo, por ejemplo, con *Estudios de historia social* y demás publicaciones), se dispara y el Ministerio de Cultura a través de su Centro de las Letras, pone por obra una política de ayuda a la edición, incluso fuera de España, al costear, por ejemplo, la traducción francesa de *La Regenta* (Botrel, 2002c).

Se promocionan, también por el Ministerio de Cultura, unas campañas como «Vive leyendo» en 1979 (Lanquette, 1999, 53), y, en marzo de 1983, se puede ver en las calles un cartel con un hombre y una mujer en una misma cama leyendo un mismo libro, de consumo. Si el transistor todavía se aplica contra el oído en la calle, y prosperan los programas televisivos de toda laya, y en menor medida las revistas, se nota un claro desarrollo del equipamiento en bibliotecas: de 1.436 en 1982 pasaron a 2.940 en 1990. Una política más ambiciosa de la lectura pública permite la apertura de nuevos equipamientos como la mediateca Pérez de Ayala en Oviedo, por ejemplo, y ya existen 3.600 muy mejoradas y modernizadas bibliotecas públicas (3.300 de ellas municipales).

El mecenazgo público y privado, permite subvencionar bellas publicaciones como *Poesía*, revista ilustrada de información poética, o *Los Cuadernos del Norte* publicados por la

Caja de Ahorros de Asturias. La edición en lengua catalana, después de una fase de recuperación (Staquet, 1985), favorecida por la Institució de les Lletres Catalanes, creada en 1987, y el sistema del «suport genèric», conoce un verdadero boom: con una política lingüística que permite el aumento de los «catalanolectors» se da un salto espectacular (en Edicions 62, por ejemplo, triplica entre 1978 y 1979 el número de ejemplares vendidos) pero de él se beneficia principalmente el sector del libro juvenil y escolar, «cautivo» con el sistema de las lecturas obligatorias. En 1984, en España, más de un 10 por 100 de los títulos se publican en otros idiomas que el español (5.000 de los 50.000 publicados en España en 1993), en catalán sobre todo, sin por supuesto llegar a tener las tiradas de las publicaciones de Plaza & Janés (Staquet, 1985, 35)... A esta tendencia contribuyen el conjunto de los editores catalanes asociados para la publicación de colecciones como «Quinze Grans Èxits» o después la «Biblioteca Grans Premis» y editoriales como Quaderns Crema, editorial creada en 1979 a partir de la revista homónima por Jaume Vallcorba «factotum y señor feudal» como accionista único, aficionado al «libro cisterciense» (Raillard, 1995). En 1987, creará Simió su rama castellana, donde también se trasluce la coherencia de unas opciones estéticas derivadas de una apreciación del *noucentisme* abierta a las vanguardias y a una política de autores aunada con las técnicas del marketing (de 11 títulos de Quim Monzó se venden 388.000 ejemplares entre 1983 y 1994) al lado de ventas ínfimas para otros autores o títulos (Raillard, 1995). Con 1.200 títulos en euskera en 1993 (un 42 por 100 de creación propia), la producción editorial vasca se beneficia de la creciente demanda escolar (el 50 por 100 de los títulos lo representa el libro escolar ; un 36 por 100 en Galicia) y de las consiguientes subvenciones autonómicas (Olarán, 1996, 487). Entre 1980 y 1996 se han publicado más libros en gallego que en toda la historia anterior de Galicia (Cabrera, Freixanes, 1996, 470).

En toda España, donde el control bibliográfico va mejorando con su regionalización (Cordón García, 1997), es un periodo de

intensa y ávida recuperación y reivindicación –con celebraciones– de la memoria y del patrimonio literario nacional (Lorca, Francisco Ayala, Rafael Alberti...) y/o regional (Max Aub, Sender, etc.), pero la edición de las *Obras completas* de Clarín por Nobel habrá de esperar hasta 2002, después de varios intentos infructuosos.

También es el periodo de la «Movida» con todas sus consecuencias sobre la creación y las lecturas y, en menor medida, los hábitos de lectura: editoriales creadas en 1969, como Tusquets Editor (*Tusquets*, 1994), con «La Sonrisa Vertical» y Anagrama de Jordi Heralde (*Anagrama*, 1994), con «Narrativas Hispánicas» (159 títulos en 10 años), o Ediciones Libertarias, acompañan un boom de las colecciones literarias –27 creadas en 25 años (Lanquette, 1999, 61-66). Con la aparición de los agentes literarios, se observa una fuerte mediatización e incluso estrellización de los autores que acaso se benefician más de la publicidad en la prensa, o de las ferias, conferencias, giras, intervenciones en medios de comunicación o de las reseñas en los Suplementos literarios o culturales de los grandes diarios (*ABC Cultural*, *Babelia*, *El Cultural*, etc.) que de la nueva Ley de propiedad intelectual de 1987. Los libros que se venden ya en las grandes superficies como los de Ediciones B (un millón en 1996), se cotizan como en la Bolsa: se publican las cifras sobre las obras más vendidas de la semana, del mes y del año y el barómetro de las ventas en la Feria del Libro (390.000 ejemplares, en la de 1996).

Se puede observar que los clásicos tebeos resultan superados por la Nueva Historieta española a partir de 1974-1979, que la publicación de enciclopedias por fascículos, como la *Gran Enciclopedia Gallega* (Botrel *et al.*, 2006), o la venta a plazos favorece la difusión del libro siquiera por hacer, que la mitad de las ventas de *libros*, o sea: cualquier libro por muy ínfimo que sea, se hace en los kioscos o por el sistema de puerta a puerta y el libro puede transformarse en objeto de consumo para muebles-librería a veces «muy feos» *secundum quid*, con libros «a ser posible en colección con el mismo lomo y un determinado color».

De tales prácticas da cuenta desde tiempos remotos la historia de la lectura y del libro y son sintomáticas de la complejidad de la paulatina construcción de una relación íntima entre el lector y su libro en el tiempo, no tan unívoca como quisieran los universitarios.

Más decisivo a largo plazo es, sin duda, una vez más, el motor de la enseñanza –donde se *aprende* a leer literatura– con el aumento, entre 1973 y 1984, en 1,5 millón de la población escolar (en 1990, con 8,7 millones, resulta casi multiplicada por dos con relación a los 4,5 millones de 1965-66), con un incremento también del número de estudiantes. Editoriales como Cátedra con su colección «Letras Hispánicas» y otras colecciones de clásicos o de libros de texto y estudio renovados como los de Crítica, se beneficiarán de este nuevo mercado incorporando, en libros de bolsillo, el patrimonio literario español e hispanoamericano, incluso contemporáneo, con criterios científicos.

Va disminuyendo la importancia relativa de los tradicionales «textos escolares» (10 por 100 en 1977, 5 por 100 en 1990) y se observa una tendencia a la uniformidad y empobrecimiento en la variedad con el predominio de los «grandes» como Anaya o Santillana, pero ya se pone por obra la normativa europea utilizando papel ecológico reciclado y tintas exentas de elementos pesados solubles contaminantes (Escolano, 1998).

En 1977, la literatura infantil ya produce 1.800 títulos (1.135 en 1967), se reedita la obra de Antoniorrobes y va desapareciendo la idea de que existen temas propios o temas tabúes. En 1985 ya alcanza la producción 5.578 títulos (con las historietas y los álbumes) y, a pesar de la insuficiencia de las bibliotecas escolares (Colodrón, 1999), se observa en los niños nuevos hábitos culturales con una progresión de la lectura en los 14-19 años para los que muchos autores e ilustradores se van reconvirtiendo. Ya se traducen libros infantiles españoles a otros idiomas, como *La bruixa avorrida* (*La sorcière Camomille*) de Larreula y Capdevila (*Livres...*, 1988).

El propio aspecto material del libro se beneficia del protagonismo gráfico que le dan las direcciones artísticas de las

editoriales y va cobrando unas nuevas apariencias con el nuevo diseño, por ejemplo, de la veterana colección Austral creada en 1937 en Argentina (60.000.000 de ejemplares en 50 años), sin hablar de los atípicos libros objetos de Salvador Saura y Ramón Torrent. Pero, a pesar de la reconversión industrial que permite ya el uso del scanner, de la fotocomposición, de la computadora y de máquinas de imprimir de alta tecnología, la «tripa» del libro no se beneficia siempre de las mismas atenciones y «on continue à lancer sur le marché des livres aux couvertures dépassées, au rognage défectueux, mal imprimés et mal reliés», observa Satué (1988).

Pero, en total, el libro ya se trata con consideración: llega a ser tema de estudio en la obra de Azorín (*Azorín*, 1993) o en la de Carmen Martín Gaité (Martinell, 1996); es fuente de inspiración para artistas (VV. AA., 1994) o humoristas gráficos (Conde Martín, 2004); los editores empiezan a publicar sus memorias (Martínez Rus, 2007b, 183-5); la «Biblioteca del Libro» de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez suministra bases intelectuales y técnicas a los profesionales del libro y de la lectura; se inaugura, en la Biblioteca Nacional, el Museo del Libro y se emprende el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico ya iniciado en Cataluña. Se publican revistas especializadas o de promoción de la lectura como *Delibros*, *Leer*, *Reseña*, *Letra Internacional*, *Megalibro* o la *Revista de libros*. «El Libro Clásico Bruguera», el «Libro Amigo», la «Biblioteca *El Sol*», «Alianza Cien» lanzado en 1993 (100 títulos, 100 páginas, 100 pesetas con un público de más de 15.000.000 de personas), y pronto el «Minibolsillo» (1997), lo mismo que «Booket», especializada ya en la edición de cualquier texto en libro de bolsillo –alcanza los 200 títulos en 1998–, ponen al alcance teórico de cualquier lector potencial unos textos de calidad que ya viajan por los aires con la «Biblioteca del Libro de a Bordo» de Iberia. El precio del libro de lance (con los muchos invendidos de las ya desaparecidas editoriales de los años 1960-75 –pero también aún de La España Moderna–, que alimentan los baratillos) contrasta con los del libro antiguo ya disparados con

cotizaciones muy elevadas cuando de una primera edición de Lorca se trata, pero incluso de cualquier libro de épocas de escasez ya lejanas como la del franquismo. De toda aquella intensa actividad dan cuenta Vila Sanjuán (2003) y el libro colectivo sobre la industria editorial y la literatura en la España de los años 1990 (López, Neuschäffer, López, 2001),

En 1988, el Director general del libro y bibliotecas ya puede afirmar (*Livres...*, 1988) que hoy en España «on peut tout écrire et, ce qui est plus important, on peut tout lire». Pero ¿quién lee los ya 40.000 títulos?

En 1984, año de una encuesta de 76 páginas llevada a cabo por el Ministerio de Cultura y Ocio, el mercado existente para los 32.000 títulos y los 250.000.000 ejemplares producidos en 1984 – España suministra el 65 por 100 de los libros en español publicados anualmente que se consumen en el mundo– es de 38 millones de españoles y 250 de hispanoamericanos quienes absorben un 15 por 100 de la producción española con importantes variaciones que pueden llegar al «hundimiento». Con 258 receptores de televisión por cada 1.000 habitantes (122 en 1970), España queda por debajo de la media europea (324), lo mismo que para el consumo anual de papel y de prensa: 6,17 kg. por habitante para el papel-prensa (cuando, en 1982, la media europea es de 9,8), 79 ejemplares diarios por cada 1.000 habitantes (311 a nivel europeo, según la UNESCO). La novela es el género más representado en hogares y más leído a pesar de la relativa baja de la narrativa en el total de títulos. Con 852 títulos por cada millón de habitantes en 1982, España se sitúa muy por encima de la media europea (551 títulos en 1985), pero sigue escasa la demanda interior debido al deficiente hábito lector (sólo un 16,6 por 100 de los españoles lee un libro por semana (con tres lecturas semanales). Sin embargo, el precio relativo del libro ha ido bajando: las dos pesetas necesarias en 1901 para adquirir el Episodio Nacional *Trafalgar*, por ejemplo, se han ido *reduciendo* a 2,50 en 1920; 3 en 1930; 6,50 en 1941; 8 en 1943; 18 en 1953; 35 en 1963; 150 en 1976; 350 en 1984; 950 (incluido el IVA) en 1998 o sea 5,70 euros (Botrel, 2004).

Con cerca de 500 empresas editoriales (125 «grandes» ; 370 de ellas con actividad ininterrumpida entre 1978 y 1984), 20.000 personas empleadas (130-150.000 indirectamente) España cuenta con un sector editorial dinámico: en 1980 el número de títulos era de más de 30.000 que se pueden comparar con los 20.000 cortos de 1970), el 80 por 100 de ellos publicados en Madrid y Barcelona –«la capital que creyó en los libros» (Vila Sanjuán, 1996)–, pero con originales iniciativas en otras ciudades, como las de Júcar en Gijón. Del grado de concentración de la edición da una idea el que un 42 por 100 de la oferta sea atribuible a un 8 por 100 de las empresas, pero, con la impresionante multiplicación de las publicaciones, científicas las más, a cargo de ministerios, gobiernos autónomos, diputaciones, institutos, cajas de ahorros o bancos, un 30 por 100 de la oferta viva queda fuera del sector editorial empresarial español. El porcentaje de novedades ha bajado del 93 al 72 por 100 (45 por 100 más o menos en Francia), más de un 30 por 100 de los títulos son traducciones, casi la mitad (45 por 100) del inglés –en los años 1990, según los propios editores, se continúa traduciendo demasiado– y, debido a la multiplicación de los títulos, las tiradas medias ya han bajado a 4.000 en 1993-96.

Si, como recordaba *Cuadernos para el Diálogo*, en 1972, «ninguna editorial hundió a otra por competencia», en el transcurso de los años 1980-1990, una importante reestructuración está verificándose ya en el sector: acaba por desaparecer, en 1986, la Editora Nacional –después que Ruedo Ibérico– y prosigue el proceso de concentración (Planeta absorbe Ariel y Seix Barral en 1982; en 1986 desaparece Bruguera comprado por Grupo Z en 1984; Alianza Editorial pasa al grupo Anaya en 1989) y de absorción por multinacionales (Grijalbo-Mondadori aparece en 1987; Plaza & Janés pertenece al grupo alemán Bertelsmann; Salvat acaba por ser comprado por Hachette en 1988), sin aparente novedad interna (en el grupo Anaya, por ejemplo, subsisten oficialmente 18-20 editores con distintos sellos editoriales). Se observa una circulación creciente de los editores (en sentido anglosajón) por las distintas editoriales.

En 1999, continúan las reestructuraciones en un sector en el que, según el editor Juan Cruz (*Cuadernos...*, 1997), las mayores empresas «todavía son enanas»: el grupo Planeta o Planeta Corporación con un total de 60 empresas –como Edicións Xerais en Galicia, desde 1979– y amplia expansión por América, que se atribuía, en 1995, un 43 por 100 de las superventas (López, Peñate, 1996), sigue «planetizando» a más editoriales.

A muchos empresarios de la edición les queda «el corazoncito de ser editor», al lado de los libros escritos para ser vendidos –el «libro-basura», según Mario Muchnik– y de los posibles *best-sellers* (concepto editorial y no literario, que en España puede remitir a una venta de más 100.000 ejemplares para una novela), siguen existiendo otros tal vez deficitarios y financiados de esta manera. Existe para la literatura española la posibilidad de proyectarse fuera de España con la traducción ya más frecuente y decente que en tiempos de Blasco Ibáñez, incluso de textos españoles contemporáneos (Thion Soriano, 2003).

Las cifras brutas pueden resultar impresionantes: 357.000 ejemplares de *La mirada del otro* de Fernando G. Delgado (presentador del telediario y Premio Planeta) vendidos en 1995 y demás «superventas» medidas a partir de la permanencia más o menos duradera en las listas de obras de mayor venta (López, Peñate, 1996), los 5 ó 6 millones de ejemplares vendidos cada año del «pequeño gran» libro de bolsillo donde algunas colecciones como «Booket» (200 títulos publicados en 1998) incorporan ya directamente algunos títulos. En 1993, se calcula que unos 270.000 títulos vivos se ofrecen a la venta desde España. En 1992, el Círculo de Lectores tenía ya más de 1.400.000 socios (el 14 por 100 de las familias españolas). Una librería como la de Marcial Pons en Madrid abastece al mundo entero en libros españoles pedidos ya por Internet y, en 1998, la computadora de otra librería permitía comprobar la efectiva disponibilidad de 21 títulos de Juan Madrid (13 de ellos vendidos entre 600 y 1.000 pesetas), etc. y, por 135 pesetas, se podía adquirir, en diciembre de 2000, el *Calendario Zaragozano El Firmamento (fundado en 1840)* por toda España.

En 1998 se publicaban 164 títulos cada 24 horas, con tirada media de 4.200 ejemplares en 1999, sometidos al «darwinismo librero» por unos libreros abrumados por la velocidad de rotación. Pero sigue la paradoja: sobran libros y faltan lectores y las «despiadadas» leyes del mercado hacen que el Grupo Anaya-Havas, contemple la destrucción de muchos ejemplares de libros de Alianza-Universidad invendidos o de lenta salida: «eras papel y al papel volverás», a no ser que la resurrección se haga en un libro electrónico...

Leer, la asignatura pendiente

La *Encuesta sobre Equipamientos, prácticas y consumos culturales de los españoles* de 1991 y la última del siglo, encargada a Amando de Miguel por la Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros y publicada en 1998 (*Los españoles y los libros*) apuntan lo mismo: solo un 23 por 100 de los españoles (en las ciudades de más de 10.000 habitantes), sobre todo los activos, dedica la mayor parte de su tiempo libre a la lectura (son aquellos que también escuchan la radio y utilizan un ordenador), un 32 por 100 declara leer con cierta regularidad y 18 por 100 solo lo hace de vez en cuando. Pero un 51 por 100 de las personas interrogadas no ha ido más allá de estudios primarios. En 1993, según la UNESCO, el consumo de papel «cultural» en España no rebasaba los 50 kg. por habitante (84 en Gran Bretaña, 101 en Alemania, 77 en Francia, 52 en Italia) y aún se leían 7 veces menos los diarios que en Alemania.

Como puntualiza el Director general del Libro (*Cuadernos*, 1997), España alcanza «las más altas cotas del más bajo índice de lectura de la Unión Europea» y «leer, es aún la asignatura pendiente»; elevar el índice de lectura de los españoles es un desafío siempre actual, en la quinta potencia editorial en el mundo.

Para los historiadores de la literatura, del libro y de la lectura, es la paradoja que no cesa¹.

(Rennes, 2001, 2004 y diciembre de 2007)

1. Agradezco a Philippe Castellano y a Jean-Michel Desvois sus observaciones y sugerencias sobre este texto cuyas deudas con respecto a las cada vez más numerosas monografías y estudios sobre el campo del libro, de la edición y de la lectura en España en el siglo XX (Botrel, 1995) quiero destacar aquí.

Ilustraciones

I. Jules Sandeau, *El hijo pródigo*. Traducido del francés por Jorge María del Sufragio, Barcelona, Alejandro Martínez (Balmes 92), Buenos Aires, Clerici, Maucci y Restelli, [sin fecha], 158 páginas, 18,5 x 10,7 cm. [Biblioteca del siglo XX] («*Tip. Valencia 232, interior, Barcelona*»).

II. Francisco de Rojas, *Del rey abajo ninguno*. Madrid, Biblioteca de cultura popular, Oficinas: Calle Fuencarral, número 138, 122 páginas, 18,5 x 11,5 cm. [Biblioteca de cultura popular. Segunda serie, Número 13] (*Cubierta de Blanco 1927; «Imprenta de la Biblioteca Patria; Rey Heredia, 13, Córdoba»; precio: 1.50 peseta; 61 títulos publicados en 1927*).

III. Dibujo de Rafael de Penagos para un anuncio de *El Cuento Nuevo* (cuyo primer número saldrá a luz el 21 de noviembre de 1918), publicado en la página cuarta de cubierta de *La Novela Policiaca*, Año III, Madrid, 25 de agosto de 1918, Núm. 113 (Linares Becerra, de Burgos y Mesa Andrés, *El Caballero de la mano roja*. Drama policíaco en tres actos, estrenado el 27 de mayo de 1918, en el Teatro Cervantes, por la Compañía Gómez Ferrer, 24 páginas, 19 x 13 cm.).

IV. Vicente de Pereda, *Película*, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando (S.A.), Arenal, 11, Madrid (Fundada en 1828), 1928, 239 páginas, 16,3 x 12 cm. (*Encuadernación industrial en tela roja parafinada con impresiones doradas en las tapas*).

V. Benjamín Palencia, *Niños* (con una silueta de B. P. por Juan Ramón Jiménez), Madrid, Índice, 1923, 109 páginas, 20 x 13,5 cm. [Biblioteca de Índice 5] («Este libro se acabó de imprimir, en los «Talleres poligráficos» de Madrid el 22 de setiembre de 1923»; «Precio del ejemplar (en tela): 6,50 ptas.»; «1.^a edición: 1-1.500 ejemplares»).

VI. Rafael López de Haro, *Eva libertaria*. Novela, Madrid, Editorial Estampa, 1933, 364 páginas, 19 x 12,5 cm. (Cubierta de Carlos Vázquez; «Rivadeneira S.A., Paseo de San Vicente, número 20, Madrid»).

VII. Primera plana de un cuadríptico (16 páginas, 21 x 13,5 cm.) de las «Bibliotecas Rodríguez» [Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, circa 1935] («Biblioteca Rodríguez para la Juventud», «Biblioteca Paz», «Biblioteca enciclopédica hispano-americana», «Biblioteca mundial», «Regalos de Reyes», Colección «Papa Moscas», «Biblioteca selecta», «Cuentos nuevos en colores», «Cuentos ayer y hoy»).

VIII. Sotero Otero del Pozo, *¡España, inmortal!* Comedia dramática en tres actos y en verso original de...Tercera edición, Valladolid, Palencia, Artes gráficas Afrodísio Aguado, 1937, 160 páginas, 17 x 12,5 cm. (Cubierta Estudios DART; «Décimo Tercero millar»; «Con censura militar»; «Estrenada con clamoroso éxito en Palencia, el día 12 de Diciembre de 1936 por la compañía de la insigne actriz Carmen Díaz»; «Una Patria, Un Estado, Un Caudillo»).

IX. Rafael Alberti, *Poemas escénicos (Primera serie) [1961-1962]*, Buenos Aires, Losada S.A., 1962, 110 páginas, 20,5 x 12,5 cm. [Poetas de ayer y hoy] (Dibujo de cubierta de R. Alberti; comprado por JFB en París el 24-XII-1963; dedicatoria de R. A. a JFB de 6-XII-79).

X. I Semana Nacional del Libro Infantil (16-23 de diciembre de 1961. *Catálogo*, Madrid, Instituto Nacional del Libro Español,

1961, 24 x 17 cm. («el volumen que se ofrece constituye la suma de las aportaciones individuales de aquellos que aceptaron la iniciativa»). Son: Editorial Aitana, Apostolado de la Prensa, Editorial Bruguera, Editorial Collado, Editorial Doncel, Dalmau Carles, Editorial Éxito, Espasa-Calpe, Editorial Hernando, Editorial Molino, Editorial Roma, Editorial Ramón Sopena, Timun Mas + Editoriales Cid, Maucchi y Toray).

XI. *Versos para Antonio Machado*, París, Ruedo Ibérico, 1962, 144 páginas, 17,5 x 12 cm. (Cubierta de Manolo Millares; «Colección dirigida por Antonio Pérez. Tercer volumen de la serie Ruedo ibérico (Poesía), destinado a conmemorar la institución del «premio Antonio Machado», que será otorgado por vez primera el veintidós de febrero de mil novecientos sesenta y dos en Collioure»; «se terminó de imprimir, en edición única y limitada a seiscientos ejemplares, en los talleres de la Imprenta Unión, de París, el veintiuno de febrero de mil novecientos sesenta y dos»; xilografados de Cristóbal, Cortijo, Arturo Martínez, Castro, Zamorano, Arroyo, Adán, Francisco Álvarez, Ortiz Valiente, Francisco Mateos, Santoro; comprado por JFB, en Rennes, en Abril de 1962).

XII. Ramón Tamames, *Introducción a la economía española* (Segunda edición), Madrid, Alianza Editorial, 1968, 501 páginas, 18 x 11 cm. [El Libro de Bolsillo n.º 90, Sección: Ciencia y Técnica] (Cubierta de Daniel Gil; «Una colección para todos, cuidada, económica y variada»; 109 títulos publicados en 1968; Vigésima segunda edición (revisada): 1994).

XIII. Luis Martín Santos, *Tiempo de silencio*. Novela, Barcelona, Editorial Seix Barral S.A. 1972, 240 páginas, 19,5 x 12,5 cm. [Biblioteca breve] («Sobrecubierta: original fotográfico de Oriol Maspons»; «Novena edición (hasta treinta y ocho mil ejemplares»; 1.^a ed.: 1961; «Terminóse de imprimir en julio de 1972 en los talleres de Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona»).

XIV. *Los cachorros. Pichula Cuéllar*. Texto: Mario Vargas Llosa, Fotografías: Xavier Miserachs. Introducción: Carlos Barral, Barcelona, Editorial Lumen, 1967, 106 páginas, 22,5 x 21 cm. («Diseño: Oscar Tusquets»; «Papeles hijos Antonio Fàbregas y Almacenes generales de papel»; «Clises Roldán»; «Encuadernación Rosell»; «Industrias gráficas Francisco Casamajo: Aragón, 182 Barcelona »; encuadernación en cartoné).

XV. Equip Almirall, *La nostra cultura. Breu itinerari per la cultura catalana*, Barcelona, Nono Art Edicions (Mozart, 16, Barcelona 12), 1980, 66 páginas, 30 x 21,5 cm. («Primera edició: juny 1980»; «Aquesta edició ha estat possible gràcies al: Banco de Bilbao/Catalunya»; «Imprès a Printer indústria gràfica s.a., Provença, 388, Barcelona).

XVI. Francisco Ayala, *Muertes de perro*. Edición de José-Carlos Mainer. Estudio de la obra: María Ángeles Naval. Ilustración: Javier Serrano, Barcelona, Vicens Vives, 209 + 30 páginas, 19,5 x 13, 5 cm. [Clásicos Hispánicos, 2].

Bibliografía

ABELLÁN, Manuel L., *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Barcelona, 1980.

AGUADO, Ana; RAMOS, M.^a Dolores, *La modernización de España (1917-1939): cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2002.

AGUILAR, Manuel, *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1972.

AINAUD DE LASARTE, J. M., *Els 50 anys del día del llibre*, Barcelona, Gremi d'Editors, 1976.

ALONSO, Cecilio, «Anatole France en España», en: Anatole France, *El jardín de Epicurio*, Madrid, Júcar, 1989, pp. 9-32.

----, Introducción a Manuel Ciges Aparicio, *Novelas*, Valencia, Clàssics Valencians, 1986.

ALTED VIGIL, Alicia, *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.

AMO, J.; SHELBY, C., *La obra impresa de los intelectuales españoles en América (1936-1945)*, Madrid, 1994.

AMORÓS, Andrés, *Sociología de una novela rosa*, Madrid, 1968.

Anagrama=Anagrama, 25 años, 1969-1994, Barcelona, Anagrama, 1994.

ANDRÉS DE BLAS, J., «El libro y la censura durante el franquismo: un estado de la cuestión y otras consideraciones», *Espacio, Tiempo y Forma (Historia Contemporánea)*, t. 12, Madrid, UNED, 1999, pp. 281-301.

ARA TORRALBA, Juan Carlos, *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*, Zaragoza, Universidad, 1998.

ARIAS GONZÁLEZ, Luis; LUIS MARTÍN, Francisco de, *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)*, Madrid, UGT, 1998.

Artes gráficas=Artes gráficas en Euzkadi y Cataluña (1888-1936), Vitoria, Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco, 1988.

AZANCO, Nuria, «Libros de bolsillo, el mundo en sus manos», *ABC Cultural*, 289 (16 de mayo de 1997), pp. 16-19.

Azorín=Exposición «Azorín y los libros», Madrid, Ministerio de Cultura, 1993.

BACHOUD, Andrée, «Écrivains et éditeurs à l'orée du siècle. L'argent du livre», *Crisol*, 3 (fév. 1985), pp. 61-67.

BARBAZÁN BENEIT, Julián, *Recuerdos de un librero anticuario madrileño*, Madrid, Imp. de Sucesores de J. Sánchez y Ocaña y Cía, 1970.

BARRÈRE, Bernard, *Jeunesses de Ramón Gómez de la Serna et genèse de son œuvre: 1888-1934: un journaliste et/ou un écrivain? Contribution à la sociologie de la littérature espagnole contemporaine*. Thèse de Doctorat d'Etat, Université de Bordeaux III, 1980.

----, «Le roman espagnol contemporain», *Bulletin Hispanique*, LXXXV (1983), pp. 233-279.

----, «Dédalo, 1922: un fil d'Ariane dans le labyrinthe de la concentration industrielle», en: *Livres et libraires en Espagne et au Portugal (XVI^e-XX^e siècles)*, Paris, CNRS, 1989, pp. 145-167.

BEAS MIRANDA, Miguel, «Consideraciones sobre el mercado editorial español y sobre el flujo comercial exterior, en especial con Latinoamérica», en J.-L. Guereña. G. Ossenbach; M.^a del Mar Pozo, *Manuales escolares en España, Portugal y América Latina (siglos XIX y XX)*, Madrid, UNED, 2005, pp. 155-176.

BOLÍVAR, M., *Librería Bosch 1889-1989. Cien años al servicio del libro*, Barcelona, Bosch, 1999.

BOTREL, Jean-François, «Sobre la condición de escritor en España: Galdós y la casa Editorial Perlado, Páez y Cía, sucesores de Hernando (1904-1920)», *Letras de Deusto*, 4, 8 (julio-diciembre 1974), pp. 261-270.

----, «Le succès d'édition des œuvres de Benito Pérez Galdós: essai de bibliométrie», *Anales de Literatura Española*, 3 (1984), pp. 119-157, 4 (1985), pp. 29-66.

----, *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914). Les libraires*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.

----, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993.

----, «Les recherches sur le livre et la lecture en Espagne (XVIII^e-XX^e siècles)», en: R. Chartier (éd.), *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*, Paris, IMEC, 1995, pp. 51-63. Versión actualizada: *Revista de História das Idéias*, 20 (1999), pp. 315-335.

----a, «Los nuevos lectores en la España del siglo XIX», *Siglo Diecinueve*, 2 (1996), pp. 47-64.

----b, «L'histoire de la «Reconquête» racontée aux enfants par El Tebib Arrumi (1939-1943)», en: *Imaginaires et symboliques*

dans *l'Espagne du Franquisme*, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 24 (décembre 1996), pp. 359-373.

----, «El libro en el fin de siglo», *Ínsula*, 614 (Feb. 1998), pp. 3-5.

----a «Pueblo y literatura. España, siglo XIX», en: F. Sevilla y C. Alvar (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Madrid 1998*. II, Madrid, Ed. Castalia, 2000, pp. 49-66.

----b, «Ricardo León: éxito editorial y crematística», en: *Homenaje a José María Martínez Cachero*, t. II, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2000, pp. 263-275.

----c, «Producción y consumo de los bienes culturales: agentes y actores», en: J. Barrull Pelegrí; M. Botargues Palasí (eds.), *Història de la cultura: Producció cultural i consum social*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 2000, pp. 17-36.

----d, «La recepción de la obra de V. Blasco Ibáñez en Francia (1902-1938)», en: J. Oleza, J. Lluch (eds.), *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista*. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998, Valencia, Generalitat Valenciana, 2000, pp. 967-976.

----a, «L'exportation des livres et des modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique Latine (1814-1914)», en: J. Michon; J.-Y. Mollier (dir.), *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII^e siècle à l'an 2000*, Saint-Nicolas/Paris, Les Presses de l'Université Laval/L'Harmattan, 2001, pp. 219-240.

----b, «La novela, género editorial (España, 1830-1930)», en: P. Aubert (ed.), *La novela en España (siglos XIX-XX)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2001, pp. 35-51.

----a, «Los nuevos coleccionistas en la España del siglo XIX», *El Libro antiguo español. VI. De libros, Librerías, Imprentas y Lectores*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 53-65.

----b, «Enciclopedias, identidad y territorios en la España postfranquista», en: Pilar (Presse, Imprimés, Lecture dans l'Aire

Romane), *Prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo*, Bordeaux, Univ. Michel de Montaigne-Bordeaux 3, 2002, pp. 31-44.

----c, «La fidélité à *La Regenta*: pour une traduction scientifique», in: H. Awaiss *et al.* (dir.), *Du Pareil au Même: l'auteur face à son traducteur. De la semejanza a la identidad: El autor frente a su traductor*, Beyrouth, Université Saint-Joseph, 2002, pp. 149-158.

----a, «Almanachs et calendriers en Espagne au XIX^e siècle: essai de typologie», en: H.-J. Lüsebrink; Y.-G. Mix; J.-Y. Mollier; P. Sorel (dir.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVII^e-XX^e siècle)*, Bruxelles, Ed. Complexe, 2003, pp. 105-115.

----b, «El movimiento bibliográfico», en: V. Infantes; F. Lopez; J.-F. Botrel (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 619-632.

----, «El precio del libro (España, siglos XIX-XX)», en: P. M. Cátedra; M. L. López-Vidriero (dir.); M. I. Páiz Hernández (ed.), *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, tomo II, pp. 511-527.

----, «De lecturas breves, fraccionadas y periódicas», *Cultura Escrita y Sociedad*, 7 (2007), pp. 19-31.

BOTREL, J.-F; CASTELLANO, Ph.; MOGIN-MARTIN, R.; RIVALAN GUEGO, Ch., «La *Gran Enciclopedia Gallega* (1972-1991): une entreprise d'affirmation identitaire?», en: *Parcours et repères d'une identité régionale: la Galice au XX^e siècle*, Dijon, Université de Bourgogne/Hispanística XX, 2006, pp. 191-213.

BOTREL, Jean-François; DESVOIS, Jean-Michel, «Las condiciones de la producción cultural», en: S. Salaün; C. Serrano, *1900 en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 33-58.

CABRERA, María Dolores; FREIXANES, Víctor F., «El libro en lengua gallega», en: H. ESCOLAR (dir.), *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX*, Madrid, Pirámide, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996, pp. 443-471.

CABRERA, Mercedes, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

CALVO, Blanca; SALABERRÍA, Ramón (comp.), *Biblioteca en guerra*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2005.

CASASSAS Ymbert, Jordi, *L'Ateneu Barcelonés. Dels seus orígens als nostres dies*, Barcelona, 1986.

CASTELLANO, Philippe, *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial*, Madrid, Espasa, 2000.

----, «Les traductions: un choix stratégique de Pablo Salvat éditeur à Barcelone au début du XX^e siècle», en: R. Andréani; H. Michel; É. Pélaquier, *Des moulins à papier aux bibliothèques. Le livre dans la France méridionale et l'Europe méditerranéenne (XVI^e-XX^e siècles). Actes du colloque tenu les 26 et 27 mars 1999 à l'université de Montpellier III*, Montpellier, Université Montpellier III, 2003, pp. 287-327.

----a, «*El Libro de la cultura* o cómo se intentó construir una representación de América Latina», en: *Mémoire et culture en Amérique Latine. II, América. Cahiers du CRICCAL*, 31, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2004, pp. 73-80.

----b, «*México a través de los siglos*. De la coedición a la autonomía editorial», en: N. Ludec; F. Dubosquet-Lairys; J. M. de las Voces (ed.), *Prensa, impresos y territorios. Centros y periferias en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*, Bordeaux, Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3, PILAR, 2004, pp. 35-44.

----, «La distribución de libros en vísperas de la Primera Guerra Mundial», en: J.-M. Desvois (ed.), *Prensa, impresos*,

lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel, Bordeaux, PILAR/Presses Universitaires de Bordeaux, 2005, pp. 97-108.

----, «Raons i límits d'una supremacia editorial», en: *Barcelona i els llibres. Els llibres de Barcelona; Els monogràfics de Barcelona. Metròpolis mediterrània*, 7 (Setembre 2006), pp. 96-107.

CASTELLANOS, Jordi, «Mercat del llibre i cultura nacional», *Els Marges*, 56 (1996), pp. 5-38.

CASTILLO, Montserrat, *Junceda Il·lustrador El tresor de l'illa*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1990.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio (ed.), *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, Oiartzun, Sendoa, 2001.

----; SIERRA BLAS, Verónica (eds.), *Letras bajo sospecha*, Gijón, Trea, 2005.

---- (dir.); SIERRA BLAS, Verónica (ed.), *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América latina (Del siglo XVI a nuestros días)*, Gijón, Trea, 2007.

Catalònia = Els cinquanta anys de la Llibreria Catalònia 1924-1974. Records i impressions, Barcelona, Selecta, 1974.

CENDÁN PAZOS, Fernando, *Edición y comercio del libro español (1900-1972)*, Madrid, Editora Nacional, 1972.

----, *La Fiesta del libro en España. Crónica y miscelánea*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989.

CISQUELLA, G.; ERVITI, J. L.; SOROLLA, J. A., *Diez años de represión cultural (1966-1975)*, Barcelona, Anagrama, 2002.

COLODRÓN DENIS, Victoriano, «Las bibliotecas en España», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 584 (1999), pp. 45-52.

COMAS I GÜELL, Montserrat, *Lectura i biblioteques populars a Catalunya (1793-1914)*, Barcelona, Curial Ediciones Catalanes/Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001.

CONARD, Pierre, «Les livres de poche en Espagne», *Les Langues Néo-Latines*, 187bis (1968), pp. 83-97.

CONDE MARTÍN, Luis (coord.), *Días de libros. Antología de humor gráfico y lectura 1978-2003*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2004.

CORDEROT, Didier, *La littérature de kiosque entre la plume et le fusil. Les formes narratives brèves pendant la guerre civile espagnole (1936-1939)*, Dijon, Université de Dijon, 1999.

----, «La literatura popular en aras del naciente «Estado Nuevo». El caso de la *Novela del Sábado* (1939)», en: A. Castillo Gómez (dir.); V. Sierra Blas (ed.), *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América latina (Del siglo XVI a nuestros días)*, Gijón, Trea, 2007, pp. 101-127.

CORDÓN GARCÍA, José Antonio, *El registro de la memoria: El depósito legal y las bibliografías nacionales*, Gijón, Trea, 1997.

CORES TRASMONTE, Baldomero, «Sociología del libro regional: las colecciones y bibliotecas de Galicia», *Estudios de información*, 24 (1972), pp. 145-180.

Cuadernos hispanoamericanos («El libro español»), 564 (1997), pp. 5-52.

Cuadernos para el diálogo. Número extraordinario, XXXII (1972).

DA SILVA, Irène, «Deux collections-bréviaires de la Editora Nacional dans les années quarante», *Imaginaires et symboliques*

dans l'Espagne du franquisme, Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne, 24 (déc. 1996), pp. 344-358.

DELIBES, Miguel; VERGÉS, Josep, *Correspondencia, 1948-1986*, Barcelona, Destino, 2002.

DESVOIS, Jean-Michel, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

----, «Radio, prensa y literatura», en: *La guerra civil. 2. El Frente popular, Historia 16*, 1986, pp. 100-113.

DÍAZ, J.; DELFÍN VAL, J.; DÍAZ VIANA, L., *Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid. «Romances tradicionales»*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1978-79.

DÍAZ BARRADO, Mario P., *La España democrática: cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2006.

DÍAZ VIANA, Luis, *Palabras para vender y para cantar. Literatura popular en la Castilla de este siglo*, Valladolid, 1987.

----, *Cancionero popular de la Guerra civil española. Textos y melodías de los dos bandos. Prólogo de José-Carlos Mainer*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

Edicions 62, *Mil llibres en català. 1962-1979*, Barcelona, Edicions 62, 1979.

Edicions 62=Edicions 62. Vint-i-cinc anys (1962-1987), Barcelona, Edicions 62, 1987.

ELORZA, Antonio, *Luis Bagaría. El humor y la política*, Barcelona, Anthropos, 1988.

ESCOLANO BENITO, Agustín (dir.), *Historia ilustrada el libro escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda*

República, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Ed. Pirámide, 1997.

----, *Historia ilustrada el libro escolar en España. De la posguerra a la reforma educativa*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Ed. Pirámide, 1998.

---- (dir.), *Historia ilustrada de la escuela en España. Dos siglos de perspectiva histórica*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006.

ESCOLAR, Hipólito, *Los editores y el cambio*, Madrid, Federación Española de Cámaras del Libro-Cámara del libro de Madrid, 1982.

----, *La cultura durante la guerra civil*, Madrid, Alhambra, 1987.

----, *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*, Madrid, Pirámide/Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989.

ESGUEVA, Manuel, *La colección teatral «La Farsa»*. Anejos de la revista *Segismundo*, 3, Madrid, CSIC, 1972.

ESQUER TORRES, Ramón, *La colección dramática «El Teatro Moderno»*. Anejos de la revista *Segismundo*, 2, Madrid, CSIC, 1969.

ESTEBAN, José, «Editoriales y libros de la España de los años 30», *Cuadernos para el diálogo*. Extra XXXII (noviembre de 1972), pp. 58-62.

EZAMA GIL, Ángeles, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1992.

FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, Paloma, *La lectura pública en España durante la II República. Catálogo*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y CALLEJA, Enrique, *Saturnino Calleja y su Editorial. Los cuentos de Calleja y mucho más*, Madrid, Ed. de la Torre, 2006.

FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, José María, *La novela semanal*, Madrid, CSIC, 2000.

FISCHER HUBERT, Denise, *El libro español en París a comienzos del siglo XX: escritores y traductores*, Tarragona, Universitat Rovira y Virgili, 1998 (microficha).

FONTBONA, Francesc, *La xilografía a Catalunya entre 1800 y 1923*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 1992.

FORMENT, A., *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000.

FRANCO, Marie, *El Caso (1952-1962). Récits fantasmatiques et écriture littéraire dans le fait divers espagnol*, Université Paris 3, 1995.

----, *Le sang et la vertu. Fait divers et franquisme. Dix années de la revue «El Caso» (1952-1962)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004.

FRANCO FERNÁNDEZ, N., *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939) con un estudio de F. de Luis Martín y L. Arias González*, Madrid, 1998.

FREIXES, Sergi; GARRIGA, Jordi, *Libros prohibidos la vanguardia editorial desde principios del siglo XX hasta la Guerra Civil*. Prol. Enric Satué, Barcelona, Editorial Meteora, 2007.

FUENTES, Víctor, *La marcha al pueblo en las letras españolas. 1917-1936*, Madrid, Ed. de la Torre, 1980.

GALÁN PÉREZ, José Manuel, *Análisis estructural del sector editorial español*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1986.

GALLOFRÉ I VIRGILI, Maria Josepa; MOLAS, Joaquim, *L'edició català i la censura franquista (1939-1951)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991.

GARCÍA-ABAD GARCÍA, María Teresa, *La novela cómica*, Madrid, CSIC, 1997.

GARCÍA EJARQUE, Luis, *Historia de la lectura pública en España*, Gijón, Ed. Trea, 2000.

GARCÍA LARA, Fernando, «Éxito y difusión de la novela erótica española (El éxito de Felipe Trigo en cifras)», en: *Les production populaires en Espagne. 1850-1920*, Paris, CNRS, 1986, pp. 309-333.

GARCÍA PADRINO, Jaime, *Libros y literatura para niños en la España contemporánea*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992.

GILI ROIG, Gustavo, *Bosquejo de una política del libro*, Barcelona, MCMXLIV.

GÓMEZ MOMPART, Josep Lluís, *La gènesi de la premsa de masses a Catalunya (1902-1923)*, Barcelona, Ed. Pòrtic, 1992.

GONZÁLEZ-AGÀPITO, Joseph; VILANOU TORRANO, Conrad, «Weimar en España: producción editorial y reformismo pedagógico, el caso de la editorial Labor (1925-1937)», en Guereña, J.-L.; Ossenbach, G.; Pozo, M.^a Del Mar, *Manuales*

escolares en España, Portugal y América Latina (siglos XIX y XX), Madrid, UNED, 2005, pp. 87-108.

GONZÁLEZ, Juan; MARTÍN-CONSUEGRA BLAYA, Ginés José, *Antología de la literatura de cordel en la Región de Murcia (siglos XVIII-XIX)*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2004.

GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pilar, *Catálogo bibliográfico de la novela española*, Madrid, Ed. de la Universidad Complutense, 1988.

GONZÁLEZ SUESCUN, Anaïs, *La literatura infantil española en los años 60*, Mémoire de maîtrise, Rennes, Univ. Rennes 2, 2003.

----, *Lectures de jeunesse et figure du jeune lecteur dans l'Espagne franquiste*. Mémoire de DEA, Rennes, Université Rennes 2, juin 2004.

GRACIA GARCÍA, Jordi; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.

GUEREÑA, Jean-Louis, «De erotica hispana», en: *De l'obscène et de la pornographie comme objets d'étude, Cahiers d'histoire culturelle* (Université de Tours), 5 (1999), pp. 19-32.

----, «La producción erótica española en los siglos XIX y XX», in: F. Sevilla; C. Alvar (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Madrid 1998*, t. III, Madrid, Castalia, 2000, pp. 195-202.

GUTIÉRREZ I POCH, Miquel, «Tradición y cambio tecnológico: la industria papelera española 1750-1936», en: J. Nadal et al., *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 341-367.

----, «Control de mercado y concentración empresarial: «La Papelera Española», 1902-1935», *Revista de industria industrial*, 10 (1996), pp. 183-199.

HERMANN, Christian, «La B.A.C.: Bibliothèques des Auteurs Chrétiens», *Revue Française d'Histoire du Livre*, 24 (1979), pp. 829-835.

HERRÁEZ, Miguel (ed.), *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez-Francisco Sempere (1901-1917)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1999.

HURLEY, J., *Josep Janés: el combat per la cultura*, Barcelona, Curial, 1986.

----, *Josep Janés, editor de literatura inglesa*, Barcelona, PPU, 1996.

KRONIK, John W., «*La Farsa*» (1927-1936) y el teatro español de la preguerra, University of North Carolina, 1971.

LABRADOR BEN, Julia M.^a; CASTILLO, Marie-Christine del; GARCÍA TORAÑO, Covadonga, *La Novela de Hoy, La Novela de la Noche y El Folletín Divertido: la labor editorial de Artemio Precioso*, Madrid, 2006.

LABRADOR BEN, Julia M.^a; SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto, *Teatro frívolo y teatro selecto: la producción teatral de Editorial Cisne, Barcelona (1935-1943)*, Madrid, CSIC, 2005.

Labor = Labor 1915-1965. 50 años de una editorial, Barcelona, Labor, 1965.

LAGO CARBALLO, A.; GÓMEZ VILLEGAS, N. (eds.), *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Madrid, Siruela, 2006.

LANQUETTE, Anne, *Nouveaux discours narratifs dans l'Espagne postfranquiste. 1975-1995*, Paris, L'Harmattan, 1999.

LAVAUD, Éliane, *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*, La Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 1991.

LÁZARO, A., *H. G. Wells en España: Estudio de los expedientes de censura (1939-1978)*, Madrid, Verbum, 2004.

Livres d'Espagne. Dix ans de création et de pensée, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988.

LOPEZ-CAMPILLO, Évelyne, *La «Revista de Occidente» y la formación de minorías*, Madrid, 1972.

LÓPEZ DE ABADIA, José Manuel; PEÑATE RIVERO, José, *Éxito de ventas y calidad literaria. Incursiones en teorías y prácticas del best-seller*, Madrid, Verbum, 1996.

LÓPEZ DE ABADIA, José Manuel; NEUSCHAFER, Hans-Jörg; LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta (eds.), *Entre el ocio y el negocio: Industria editorial y literatura en la España de los años 90*, Madrid, Verbum, 2001.

LOZANO BARTOLOZZI, María del Mar (comp.), *Salvador Bartolozzi (1882-1950). Dibujante, castizo y cosmopolita*, Madrid, 2007.

LUIS MARTÍN, Francisco de, *Cincuenta años de cultura obrera en España. 1890-1940*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1994.

----, «Alfabetización y prácticas de escritura en los obreros socialistas (1879-1936)», en: P. Burke; J. L. Martín Martín; T. Navas Rodríguez; J.-L. Guereña y otros, *Educación y transmisión de conocimientos en la historia*, Salamanca, ediciones de la Universidad, 2002, pp. 245-283.

LLANAS, Manuel, *L'edició a Catalunya: el segle XX (fins a 1939)*, Barcelona: Gremi d'Editors de Catalunya, 2005.

----a, «Els editors de consum (1908-1938)», en: *Barcelona i els llibres. Els llibres de Barcelona, Els monogràfics de Barcelona. Metròpolis mediterrània*, 7 (Setembre 2006), pp. 121-125.

----b (amb la col.laboració de Montse AYATS), *L'edició a Catalunya: el segle XX (1939-1975)*, Barcelona, Gremi d'editors de Catalunya, 2006.

MAGNIEN, Brigitte *et al.*, *Ideología y texto en «El Cuento Semanal» (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de La Torre, 1986.

MAINER, José-Carlos, «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en: *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Valencia, 1977.

----, *La Edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1981.

----, Prólogo a *Biblioteca Renacimiento. 1915*, Madrid, El Crotalón, 1984, pp. 11-19.

----, Prólogo a B. Magnien *et al.*, *Ideología y texto en «El Cuento Semanal» (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de La Torre, 1986.

----, «1900-1910: Nueva literatura, nuevos públicos», en: *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra, Escola Universitaria de Traductors i Interprets/Universitat Autònoma de Barcelona, 1988, pp. 135-170.

----, «El lento regreso: textos y contextos de la colección «El Puente (1963-1968)», en: M. Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*, Universitat Autònoma de Barcelona (Gexel), 1998, pp. 395-415.

MANGADA, Alfonso; POL, Jesús, *Libreros y editores (1920-1960). Joaquín de Oteyza: Biografía de un empresario de libros*, Madrid, Paraninfo, 1997.

MARCO GARCÍA, Antonio, «Propósitos filológicos de la colección «Clásicos castellanos» de la editorial La Lectura (1910-1935)», en: *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, pp. 81-95.

----, *El proyecto cultural de La Lectura (Madrid, 1901-1930). Análisis de la revista y de la editorial*. Tesis, Universidad de Barcelona, 1997.

MARTINELL GIFRÉ, Emma, *El mundo de los objetos en la obra de Carmen Martín Gaité*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1996.

MARTÍNEZ ADELL, Alberto, «Alberto Jiménez Fraud, editor», en: *Homenaje a Alberto Jiménez Fraud en el centenario de su nacimiento (1883-1983)*, Madrid, 1989, pp. 49-52.

MARTÍNEZ DE LA HIDALGA, Fernando *et al.*, *La novela popular en España*, Madrid, Ediciones Robel, 2000.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio, *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Madrid, Ayuntamiento, 2000.

----a, «Madrid 1900. La configuración de una industria cultural», *Arbor*, 666, 2001, pp. 557-572.

----b, *Los libros y la lectura durante la guerra civil*, Madrid, Ayuntamiento, 2001.

----c (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

----d, «La edición moderna», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 167-206.

----e, «Lecturas para todos en el siglo XX», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 473-483.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio; MARTÍNEZ Rus, Ana; SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, *Los patronos del libro. Las asociaciones corporativas de editores y libreros, 1900-1936*, Gijón, Trea, 2004.

MARTÍNEZ MONTALBÁN, José Luis, *La Novela Semanal Cinematográfica*, Madrid, CSIC, 2002.

MARTÍNEZ MONTALVO, Esperanza, *Investigación y producción científica en documentación: la obra de Javier Lasso de la Vega (1892-1990)*, Madrid, Editorial Fragua, 2000.

MARTÍNEZ RUS, Ana, «El comercio de libros. Los mercados americanos», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 269-305.

----, «La industria editorial española ante los mercados americanos del libro 1892-1936», *Hispania*, LXII/3, 212 (2002), pp. 1021-1058.

----a, «La política del libro y las Ferias del libro de Madrid (1901-1936)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 217-234.

----b, *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003.

----, «Antonio Soriano, un apuesta por la cultura y la democracia», *Litteræ. Cuadernos sobre cultura escrita*, 3-4 (2003-2004), pp. 327-348.

----, «La biblioteca pública, un derecho democrático (1931-1939)», en: P. M. Cátedra; M. L. López-Vidriero (dir.); M. I. de Páiz Hernández (ed.), *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, tomo II, pp. 229-244.

----a, «La Librairie Espagnole de León Sánchez Cuesta en París (1927-1936)», en: J.-M. Desvois (ed.). *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 2005, pp. 109-121.

----b, «Pasajeros y lectores: las estrategias de la SGEL en la red ferroviaria española (1914-1936)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 179-195.

----, «La lectura pública durante la Segunda República», *Ayer*, 58 (2005/2), pp. 179-203.

----a, «El libro en la calle. De la venta ambulante a las ferias del libro», en: A. Castillo Gómez (dir.); V. Sierra Blas (ed.), *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América latina (Del siglo XVI a nuestros días)*, Gijón, Trea, 2007, pp. 171-188.

----b, «San León Librero»: *las empresas culturales de Sánchez Cuesta*, Gijón, Trea, 2007.

----c, «Editoriales bajo las bombas», *Cultura Escrita y Sociedad*, 4 (abril de 2007), pp. 55-80.

MARTÍNEZ RUS, Ana; SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, «Orígenes y evolución de la Cámara Oficial del Libro de Madrid», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLI (2001), pp. 315-345.

MATO DÍAZ, Ángel, *La lectura popular en Asturias (1869-1936)*, Oviedo, Pentalfa, 1991.

---- (comp.), *Las Bibliotecas Populares en Asturias. A la cultura por la lectura. 1869-1939*, Oviedo, Gobierno del Principado de Asturias, 2004.

MOGIN-MARTIN, Roselyne, *La Novela Corta*, Madrid, CSIC, 2000.

MORET, Xavier, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Barcelona, Destino, 2002.

NEIRA, J., «Emilio Prados, impresor: historia interna de *Litoral* (1925-1930)», en: *Emilio Prados. Un hombre, un universo*, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 2000, pp. 283-299.

OLARÁN MUGICA, Clotilde, «La producción editorial en euskera», en: H. ESCOLAR (dir.), *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX*, Pirámide/Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996, pp. 473-489.

OLARRA JIMÉNEZ, R., *Manuel Olarra, un editor con vocación hispanoamericana*, Buenos Aires, Dunken, 2003.

OLEZA, Joan, «Literatura i lectors al País Valencià», *L'Espill*, 13-14 (1982), pp. 11-33.

OTERO URTAZA, Eugenio (com.), *Las Misiones Pedagógicas (1931-1936)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Residencia de Estudiantes, 2007.

PALENQUE, Marta, *La poesía en las colecciones de literatura popular: «Los Poetas» (1920 y 1928) y «Romances» (s.f.)*, Madrid, CSIC, 2001.

PELLEGRINO SOARES, Gabriela, *Semear horizontes. Uma história da formação de leitores na Argentina e no Brasil, 1915-1954*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2007.

PÉREZ BOWIE, José Antonio, *La Novela teatral*, Madrid, CSIC, 1996.

----, «Literatura y propaganda durante la Guerra Civil española», en: VV. AA., *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca 2002, 2002, pp. 31-49.

PÉREZ DE CASTRO, José Luis; RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Ramón, «Don Roque Pidal y la reconstrucción de la biblioteca de

la Universidad de Oviedo», en: *Actas del II Congreso de bibliografía asturiana*, Oviedo, 1999, pp. 969-1025.

PÉREZ ROJAS, Javier, *Rafael de Penagos (1889-1954) en las colecciones Mapfre*, Madrid, Fundación Cultural Mapfre Vida, 2006.

Proa = Cinquanta anys 1928-1978: Ediciones Proa, Barcelona, Ayma, 1978.

RAILLARD, Edmond, *Les éditions Quaderns Crema et Simió: 15 années d'édition à Barcelone (1979-1994)*. Thèse, Grenoble, Université Grenoble III, 1995.

RAMOS PÉREZ, Rosario, *Ephemera. La vida sobre papel. Colección de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2003.

REDONDO, Gonzalo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset. «El Sol», «Crisol», «Luz» (1917-1934)*, Madrid, Rialp, 1970.

RIVALAN GUÉGO, Christine, *Frissons-fictions. Romans et nouvelles en Espagne 1894-1936*, Rennes, PUR, 1998.

----, «La imagen de cubierta en las ediciones: *Humo, dolor y placer* de Alberto Insúa», *Litteræ. Cuadernos sobre cultura escrita*, 3-4 (2003-2004), pp. 271-279.

----, «Texto e imagen: la cubierta al encuentro del público», en: P. M. Cátedra; M. L. López-Vidriero (dir.); M. I. de Páiz Hernández (ed.), *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, tomo II, pp. 719-729.

----, *Lecturas gratas o ¿la fábrica de los lectores?*, Madrid, Calambur, 2007.

ROBIN, Claire-Nicolle, «*La Novela de Hoy (1922-1932), entre quantité et qualité*», en: J. Maurice (éd.), *Le roman espagnol au XX^e siècle, Regards 3*, Univ. Paris-Nanterre, 1997, pp. 123-140.

RUEDA LAFFOND, José Carlos, «*La industrialización de la imprenta*», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 207-239.

RUIZ BAUTISTA, Eduardo, *Los señores del libro: propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo (1939-1945)*, Gijón, Trea, 2005.

RUIZ BERRIO, Julio (dir.), *La Editorial Calleja: un agente de modernización educativa en la Restauración*, Madrid, UNED, 2002.

----, «*Las lecturas del Quijote en la escuela*», en: D. Castro Alfín, *Las lecturas de «El Quijote». Sentidos e interpretaciones*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2007, pp. 103-152.

RUIZ-CASTILLO BASALA, José, *El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*, Madrid, Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1972.

SALAÜN, Serge, *La poesía de la guerra de España*, Madrid, Castalia, 1985.

----, «*La poésie dans le camp franquiste pendant la guerre d'Espagne (1936-1939)*», *Imaginaires et symboliques dans l'Espagne du franquisme, Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 24 (déc. 1996), pp. 303-332.

SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto, *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Madrid, Asociación de Libreros de Viejo, 1996.

----, *La Novela Mundial*, Madrid, CSIC, 1997.

----, «Colecciones literarias», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 373-395.

SÁNCHEZ LLORENTE, Pilar; AYUSO ARAGONÉS, Pilar (coord.), *Veinte ilustradores españoles (1898-1936)*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2004.

SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, «Diversas formas para nuevos públicos», en: J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 241-268.

----a, «La propiedad intelectual en la España contemporánea, 1847-1936», *Hispania*, 212 (2002), pp. 993-1020.

----b, «La Sociedad de Autores Españoles», *Espacio, Tiempo y Forma*, 15 (2002), pp. 205-228.

----, «José María Salavarría y la profesionalización del escritor», *Revista de Literatura*, 129 (2003), pp. 145-165.

SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel, *CALPE. Paradigma editorial (1918-1925)*, Gijón, Trea, 2005.

----, «La editorial CALPE y el Catálogo general de 1923», *Documentación de las Ciencias de la Información*, 29 (2006), pp. 259-277.

SANTIAGO MULAS, Vicente de, *La novela criminal española entre 1939 y 1975*, Madrid, Asociación de Libreros de Viejo, 1997.

SANTONJA, Gonzalo, *Del lápiz rojo al lápiz libre. La censura de prensa y el mundo del libro*, Barcelona, Anthropos, 1986.

----, *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989.

----, *Las novelas rojas. Estudio y antología*, Madrid, Ed. de la Torre, 1994.

----, *Los signos de la noche : de la guerra al exilio. Historia peregrina del libro republicano entre España y México*, Madrid, 2003.

SARRÍA BUIL, María Aránzazu, «*Cuadernos de Ruedo Ibérico*» (1965-1979), *Exilio, cultura de oposición y memoria histórica*. Tesis. Univ. de Zaragoza, 2001.

----, *Cuadernos de Ruedo ibérico (1965-1979)*, Valencia, Ed. Faximil Edicions Digitals, 2002.

SATUÉ, Enric, «La longue histoire d'une relation créative», en: *Livres d'Espagne. Dix ans de création et de pensée*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, pp. 38-47.

----, *El diseño de libros del pasado, del presente y del futuro. La huella de Aldo Manuzio*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.

SEGNINI, Yolanda, *La Editorial-América de Rufino Blanco-Fombona. Madrid 1915-1933*, Madrid, Libris, 2000.

SEMPERE, A., *Manuel Aguilar, mítico editor: síntesis de su biografía*, Buenos Aires, Dunken, 2002.

SERRANO, Carlos, «Relato breve y literatura militante: en torno a *La Novela ideal*», en: A. Egido; Y. Fonquerne (eds.), *Formas breves del relato*, Madrid, Casa de Velázquez, Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 221-242.

SERRANO, Carlos; SALAÜN, Serge (dir.), *Temps de crise et «années folles». Les années 20 en Espagne*, Paris, Presses de l'université Paris-Sorbonne, 2002.

----, *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

SERVÉN, Carmen, «Sobre la recepción de Galdós y Alas durante el franquismo: la censura», *Anales Galdosianos* (Kingston, Ontario, Canadá), XXXVII (2002), pp. 13-31.

SIERRA BLAS, Verónica, *Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*, Gijón, Trea, 2003.

SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo, «Las aventuras del malfadado «Don Quijote» de Américo Castro y Camilo José Cela», *Iria Flavia*, XLII (Verano MMV), pp. 75-89.

STAQUET, David, *Le livre espagnol. Mémoire de Diplôme d'Études Approfondies* (Dir. A. Bensoussan; J.-F. Botrel), Rennes, Université Rennes 2-Haute Bretagne, 1985.

THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores, «Cuando las letras españolas se hacen europeas...», en: P. Martínez Vasseur; M. P. Díaz Barrado (coords.), *La imagen de España y Francia en los medios de comunicación*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2003, pp. 91-137.

TORNÉ, Emilio, «La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura», *Litteræ. Cuadernos sobre la cultura escrita*, I (2001), pp. 145-177.

TRAPIELLO, Andrés, *Imprenta moderna. Tipografía y literatura en España. 1874-2005*, Valencia, Campgràfic, 2006.

TRENC BALLESTER, Eliseo, *Las artes gráficas en la época modernista en Barcelona*, Barcelona, Gremio de industrias gráficas de Barcelona, 1977.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, «La cultura durante la guerra civil», en: *La guerra civil. 17. La cultura*, Madrid, *Historia 16*, 1986, pp. 6-57.

Tusquets = Tusquets Editores 1969-1994, Barcelona, Tusquets, 1994.

Unión libre. Cuadernos de vida y culturas, 1 (1996), pp. 183-235.

URÍA, Jorge, *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, UGT, 1996.

----, *Cultura oficial e ideología en la Asturias franquista: el IDEA*, Oviedo, Universidad, 1984.

VALENDER, J. (ed.), *Manuel Altolaguirre y Concha Méndez: poetas e impresores*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2001.

VALVERDE, Alfredo, «Archivo y biblioteca de León Sánchez Cuesta», *Residencia*, 5 (Abril 1998), pp. 8-12.

VALLE-INCLÁN ALSINA, Joaquín del; VALLE-INCLÁN ALSINA Javier del (com.), *Catálogo de la exposición Don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898) (sic)*. 10-XI-1998–10-I-1999, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1998.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Lumen, 1970.

VÉLEZ I VICENTE, Pilar, *El llibre com a obra d'art a la Catalunya vuitcentista (1850-1910)*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 1989.

----b, *La col.lecció Josep Roca i Alemany (Estudi monogràfic)*, Barcelona, Ajuntament, Catàleg del Museu de les Arts Gràfiques/1, [1989].

----, *Xilografies de Josep Obiols. Estudi monogràfic*, Barcelona, Ajuntament, Catàleg del Museu de les Arts Gràfiques-II, 1990.

----, (amb la col.laboració d'Albert Martí), *Calendari i almanacs*, Barcelona, Estudis del Museu de les Arts Gràfiques, 1997.

Vicéns = Educación y Biblioteca. Juan Vicéns de la Llave, bibliotecario republicano, XII, 108 (en. 2000).

VILA SANJUÁN, Sergio, «La ciudad que creyó en los libros», *La Vanguardia Magazine*, 21 de abril de 1996.

----, *Pasando página: autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003.

VILANOVA RIBAS, M.; MORENO JULIÁ, X., *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1992.

VILLARÍAS ZUGAZAGOITIA, «*Nuestra Novela*»: *Una colección católica fundamentalista*, Madrid, CSIC, 2002.

VIÑAO FRAGO, Antonio, «Analfabetismo y alfabetización», en: J.-L. Guereña; J. Ruiz Berrio; A. Tiana Ferrer (eds.), *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, CIDE, 1994, pp. 23-50.

VV. AA., *Juegos alrededor del libro. 23 obras para 7 artistas*, Granada, 7Artistas7, 1994.

Impreso por Identic, rue de la Carrière
F 35514 Cesson-Sévigné Cedex
Enero de 2008